

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

LADY SERPIENTE

Los ojos de la mujer eran ligeramente oblicuos. A Baxter le pareció vagamente conocida, aunque, en aquel momento, no lograba establecer el dato que le permitiese recordar la identidad de la hermosa. Ella era portadora de un gran bolso, cubierto exteriormente de numerosas escamas metálicas, mayores que lentejuelas comunes y mayores, también, que las escamas de su espectacular vestido.

Había otro espectador de excepción: Brookson Mulliner, el millonario caprichoso, como se le denominaba, debido a su afición por coleccionar objetos de valor, siempre que fuesen de la mayor rareza posible. Baxter sabía que Mulliner no descendía a tener en su casa objetos tan «vulgares» como un Goya o un Picasso. Pero sí daría algo muy importante por poseer el diamante cúbico de Cynthia van Korn.

De repente, se oyó una fuerte voz en la entrada de la sala:

—¡Han robado el collar azul!



Clark Carrados

Lady Serpiente

Bolsilibros: KIAI - 3

ePub r1.1
xico_weno 28.11.15

Título original: *Lady Serpiente*
Clark Carrados, 1977

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CAPÍTULO PRIMERO

Con el cigarrillo entre los labios, aunque sin encenderlo, George Washington Baxter, conocido por el apodo de Budd entre las pocas personas que podían alardear de su amistad íntima, contemplaba la enorme joya que era el plato fuerte de la exposición. Budd Baxter tuvo que confesarse a sí mismo que jamás había visto nada semejante.

Estaba en la sala central, sobre un pedestal forrado íntegramente de negro terciopelo y de forma cilíndrica, que se levantaba escasamente a un metro del suelo. La joya se hallaba sobre la cara plana superior del cilindro y era un diamante cúbico de diez centímetros de lado.

El diamante había sido montado, de modo que descansara sobre uno de sus vértices. Una serie de postes dorados, unidos por gruesos cordones de terciopelo rojo, impedían que nadie se acercase a la joya. Dos detectives la vigilaban constantemente, a la vez que otros guardias, éstos de uniforme, ejercían una constante atención sobre los visitantes.

Además, había dos cámaras de televisión, con los objetivos permanentemente enfocados sobre la joya. La distancia entre los cordones y el pedestal era de metro y medio. Utilizar la mano, aun estirando todo el cuerpo, para apoderarse de aquella fantástica gema era, pues, imposible, ello sin contar las alarmas que hubieran funcionado de inmediato, apenas algún osado hubiese intentado lo que el director del museo reputaba como absolutamente imposible.

Los ojos de Baxter estaban fijos en una hermosa joven, de unos veinticuatro años, que estaba rodeada por unos cuantos periodistas. Un par de fotógrafos hacían funcionar de cuando en cuando sus cámaras. El director del museo, Lars Creeley, muy atildado y de aire más bien pedante, estaba junto a la propietaria de la joya.

Baxter conocía su nombre, ya que había leído la noticia en los

periódicos: ella se llamaba Cynthia van Korn.

—Señorita, ¿cómo ha consentido usted en exponer algo de tantísimo valor, pese a que usted diga que no lo tiene, precisamente por su misma enormidad?

—Me lo pidió el director, buen amigo de mi difunto padre, y yo no supe negarme —contestó la interrogada.

—¿Es cierto que desciende usted de una princesa tibetana?

Cynthia sonrió.

—Voy a serle franca, amigo mío. Mi madre, en efecto, era tibetana, pero no princesa, sino hija de un importante mercader. Mi padre la conoció hace unos treinta años, aunque él ya hacía diez que estaba en la capital del Tíbet, Lhassa, como preceptor, acompañante y también discípulo del Dalai Lama. Se casó con ella, pero usted, sin duda, recuerda los acontecimientos políticos que se produjeron entonces. Tanto el Gran Lama como mis padres tuvieron que exiliarse. Pocos años después, nací yo…

—Señorita Van Korn, eso no explica la propiedad de la joya.

—¡Oh! Sería muy largo de contar. Mi madre la heredó de su padre, quien, a su vez, la había heredado también de su padre… La cuestión es que, por importantes servicios, uno de los Grandes Lamas se la regaló a un remoto antepasado de mi madre. Así, simplemente, por herencia, ha llegado a mis manos.

—Ahí se la define por un nombre muy extraño, señorita.

—Significa: *La impureza en la perfección es la, pureza de lo imperfecto*, una parábola tibetana que tiene varios miles de años. Si se ha fijado en el diamante verá que, en el centro, hay una minúscula gotita roja. En realidad, es un prisma de corindón vulgarmente conocido por el nombre de rubí. Debe de tener cuatro o cinco quilates y en esta rareza o impureza, como quieran llamarlo, estriba uno de los principales méritos de la joya, ya que jamás se había visto hasta ahora un rubí enquistado en el interior de una masa de diamante…

Una joya fantástica, pensó Baxter. Mil centímetros cúbicos de diamante puro, con la excepción de los pocos quilates del rubí, que no podían representar más allá de un gramo de peso. Teniendo en cuenta la densidad del diamante, allí había tres mil quinientos veinte gramos de diamante purísimo.

«Mareante», pensó, mientras seguía, con el oído, el

interrogatorio de Cynthia van Korn.

Entonces, de pronto, vio a una hermosa mujer. Su indumentaria hubiera podido parecer estrafalaria en otra, pero en ella resultaba algo completamente natural.

La mujer parecía fascinada por el diamante cúbico. Era bastante alta, de pelo muy negro, peinado en una aparatosa pirámide sujeta por un hilo de perlas de numerosas vueltas. Su atavío consistía en un espectacular traje de una sola pieza, que parecía la piel de una serpiente, debido a las escamas metálicas que lo recubrían, desde la punta de los zapatos de agudo tacón hasta el arranque del cuello de cisne.

Los ojos de la mujer eran ligeramente oblicuos. A Baxter le pareció vagamente conocida, aunque, en aquel momento, no lograba establecer el dato que le permitiese recordar la identidad de la hermosa. Ella era portadora de un gran bolso, cubierto exteriormente de numerosas escamas metálicas, mayores que lentejuelas comunes y mayores, también, que las escamas de su espectacular vestido.

Había otro espectador de excepción: Brookson Mulliner, el millonario caprichoso, como se le denominaba, debido a su afición por coleccionar objetos de valor, siempre que fuesen de la mayor rareza posible. Baxter sabía que Mulliner no descendía a tener en su casa objetos tan «vulgares» como un Goya o un Picasso. Pero sí daría algo muy importante por poseer el diamante cúbico de Cynthia van Korn.

De repente, se oyó una fuerte voz en la entrada de la sala:

—¡Han robado el collar azul!

Inmediatamente, se produjo un gran revuelo. El collar azul era una joya de notable valor, pero, a fin de cuentas, compuesto solamente por zafiros de gran tamaño. Estaba en una vitrina de cristal, sujeta a la pared, y la atracción que provocaba en el público no podía compararse con la que causaba el diamante de Cynthia van Korn.

Creeley, el director, lanzó un gemido. En unión de detectives y vigilantes corrió hacia la pequeña vitrina, situada a la derecha de la entrada. De súbito, uno de los vigilantes lanzó un grito de alegría:

—Está aquí, señor. Se ha deslizado de sus soportes y cayó en el fondo de la vitrina.

—A ver, que venga el conservador del museo —pidió Creeley, mientras se enjugaba, con un pañuelo, el amplio sudor que le había cubierto la cara por completo—. Es preciso que repare ese desperfecto inmediatamente.

—Sí, señor, al momento —contestó uno de los vigilantes uniformados.

En aquel instante, Baxter, cuya atención, al igual que la de los restantes espectadores, había sido atraída por el presunto robo, se acordó del diamante.

Volvió la cabeza y respiró aliviado. No, aquel incidente no había servido para que alguien se llevase la joya. El diamante cúbico estaba allí, en el mismo sitio.

En cambio, la dama del vestido de serpiente había desaparecido.

* * *

Cuando salió de la exposición, ya era de noche.

Tim Koye, su ayuda de cámara y chófer, se le acercó. Baxter negó con la cabeza.

—Gracias; prefiero dar un paseíto, Tim.

—Como mande el señor. ¿Le aguardo en casa?

—Sí, Tim. Esta noche no ceno fuera.

—Muy bien, señor.

Koye subió al «Cadillac» y lo puso en marcha. Baxter decidió ir a su casa, realmente a poca distancia del lugar de la exposición, dando un paseo para estirar las piernas. Para ello tenía que atravesar el lado norte del Parque Central.

Mientras caminaba, Baxter iba haciendo cálculos mentales sobre el valor del diamante. Si el que había visto tenía la forma cúbica, en absoluta contradicción con todas las formas de tallado de tal gema, ¿qué se había hecho del resto del bloque original? Porque una cosa era segura: la joya procedía de un enorme diamante en bruto, del que se había separado todo cuanto estorbaba, para formar un cubo de absoluta perfección.

Según Cynthia van Korn, el diamante, en su forma actual, tenía más de doscientos años de antigüedad y había ido pasando de padres a hijos en su familia tibetana. ¿Cómo habían podido darle aquellas dimensiones tan absolutamente iguales, diez centímetros de lado, comprobadas por expertos en la materia, con escrupulosa

minuciosidad, si entonces no se había establecido aún el sistema métrico decimal?

El parque estaba desierto a aquellas horas. De cuando en cuando, entre las frondas, se oían suspiros y gemidos. Baxter sonrió. El amor era algo maravilloso, pero mucho mejor en la confortable intimidad de una estancia agradablemente decorada, opinó mentalmente.

De repente, dos hombres salieron a su encuentro.

—No siga —dijo uno de ellos, bruscamente.

Baxter parpadeó.

—¿Quieren mi dinero?

—No. Queremos…

El que había hablado atacó inesperadamente.

Estaba a unos pasos de distancia y tomó carrerilla, elevándose súbitamente en el aire, como disparado hacia arriba por un potente muelle. Al mismo tiempo, su pierna derecha se estiraba, rígida, y el pie, calzado con un zapato terminado en puntera de hierro, buscaba la garganta de Baxter.

«Tae Kwon Do», pensó Baxter en el acto, mientras veía elevarse al sujeto. Karate volador, reforzado criminalmente por un zapato con puntera metálica.

Pero Baxter actuó con no menor rapidez que el atacante. Apenas vio que saltaba hacia arriba, se echó a un lado. Cuando la pierna del sujeto pasaba frente a él, alzó la mano izquierda y sujetó el miembro por debajo, entre el tobillo y la pantorrilla. Al mismo tiempo, dejaba caer el filo de su mano derecha sobre la pierna, a diez centímetros de la rodilla.

El resultado no podía ser más que uno. Los huesos crujieron horriblemente. El hombre rodó por el suelo, en medio de aullidos de dolor que le era imposible contener.

El otro individuo parecía un acompañante destinado a proteger al caído o tal vez a ayudarle, en caso de serio riesgo. Ahora, al verle retorciéndose por el suelo, comprendió que había llegado su hora y cargó hacia adelante.

Su puño derecho buscó los ojos de Baxter. Cuarta kata de judo, segunda serie. «Tsukake o puñetazo al rostro», pensó.

Y se dispuso a contraatacar en la forma preceptiva.

Primero retiró el pie derecho y se inclinó hacia atrás, a la vez

que daba un cuarto de vuelta a la derecha. Su mano agarró la manga derecha del atacante y tiró de ella hacia adelante y hacia abajo, con dirección al impulso del sujeto, así como en la misma dirección del desplazamiento.

Acto seguido, avanzó el pie izquierdo hasta más atrás del atacante, lo que le permitió aplicarle el Shiro-jime o presa de cuello por detrás, obligándole a perder el equilibrio. El pie derecho de Baxter estaba avanzado, entre las piernas del atacante, y el izquierdo, hacia atrás, a fin de mantenerlo claramente desequilibrado.

En ejercicios, habría bastado. El adversario habría golpeado el tapiz dos veces para indicar que se rendía. Pero ahora no se trataba de un juego.

La presa era mortal. Baxter oyó claramente el chasquido de las vértebras. Aflojó la presión y algo que parecía un fláccido montón de ropas cayó al suelo.

Inmediatamente, se retiró un par de pasos. Miró al otro individuo.

Estaba quieto. Sin duda, el dolor le había hecho desmayarse.

Durante unos segundos permaneció en las sombras, reflexionando en lo que acababa de suceder. No le gustaba lo que había hecho, pero estimaba que tampoco sus atacantes le habían dejado otra opción.

Baxter era un hombre joven que conocía a la perfección los secretos del judo; practicaba con notable habilidad el karate y estaba a punto de convertirse en un maestro del Tae Kwon Do o karate volador. No lo hacía por mera presunción o por el simple instinto de buscar la defensa de la propia vida. En sí, pese a su carácter jovial y extrovertido que, sin embargo, pocos conocían muy bien, era un hombre lo suficientemente modesto para pasar inadvertido en la mayoría de las ocasiones.

Respecto a la defensa de la propia vida, le habría resultado más fácil y sencillo llevar un revólver bajo la chaqueta. Era lo suficientemente rápido como para sacar el arma a tiempo, pero había cosas que le disgustaban sobremanera. Él practicaba, y mejoraba constantemente, su dominio de las artes marciales, mediante entrenamientos casi a diario, bien en un gimnasio de toda su confianza, bien en su propia casa.

Baxter tenía sumamente arraigado el espíritu de bondad y justicia, lo que no excluía, lógicamente, disfrutar de lo bueno de este mundo, aunque sin excesos perniciosos.

Pero la práctica de las artes marciales le permitía el desarrollo del Ki, lo que los orientales, maestros, por creadores de tales ejercicios, consideraban como la energía vital. Baxter sabía de sobra que todos los seres humanos tienen su *Ki*, unos en mayor grado que otros, y esta energía o fuerza interna, adecuadamente concentrada y dirigida, podía convertirse en algo capaz de permitir afrontar todas las dificultades de la existencia. Para Baxter, era como una especie de segunda alma interior, cuya búsqueda, sin embargo, no sólo no había finalizado, sino que apenas acababa de empezar.

También aquellos dos sujetos que le habían atacado tenían su Ki. Pero la energía vital que les había sido concedida desde su nacimiento y que, sin duda, habían desarrollado grandemente, había sido dirigida hacia el mal.

La diferencia era radical, pensó tristemente, mientras se decía que, a pesar de todo, no hubiera querido tener que hallarse en la disyuntiva de matar o morir. Pero ya estaba hecho y las lamentaciones no podían evitar algo que ya era inevitable.

Sus reflexiones duraron brevísimo tiempo. Nadie parecía haberse apercibido de la pelea. Giró sobre sus talones y se fundió con las tinieblas.

CAPÍTULO II

Cuando entraba en el lujoso apartamento, Baxter fue atacado de nuevo.

Esta vez, sin embargo, alzó la mano:

—Paz, Tim —dijo—. Ya he tenido los minutos cotidianos de entrenamiento.

Koye le miró sorprendido.

—No comprendo al señor…

—Fueron dos. Uno de ellos quiso aplicarme una Ap Cha Ki. En la puntera del zapato llevaba refuerzo de hierro.

—¡Cielos! —dijo Koye, sinceramente asombrado—. De modo que le atacaron dos…

—El otro quiso aplicarme el Tsukake, pero le salieron mal las cuentas. Debían de ser dos sujetos ávidos de ganar dinero con sus conocimientos sobre artes marciales.

Koye sonrió maliciosamente.

—Conocer la debilidad del enemigo es conocer la propia fortaleza —dijo.

Baxter arqueó las cejas.

—¿Un nuevo proverbio, Tim?

—Acabo de inventármelo, señor, aunque el señor debe reconocer que ni el mismo Confucio emitía sentencias como la que acaba de escuchar.

—Sí, Confucio se moriría de hambre hoy, con tu competencia —sonrió Baxter—. ¿Alguna llamada?

Koye consultó una agenda que había sobre una mesita auxiliar.

—La señora Mac Murdo amenaza con suicidarse si el señor no cena con ella mañana por la noche —dijo—. La señorita Brookestone jura que le sacará los ojos si no la recibe mañana por la noche. En cuanto a la señorita Laine…

—Basta, por favor, no sigas; vas a destrozarme el corazón. Si

llama otra vez la señora Mac Murdo, dile que le he remitido por correo veinticinco gramos de cianuro. En cuanto a la señorita Brookestone, dile que me han enviado a reparar la avería del
Vikingo I
.
—¡En Marte!
—Sí, a ver si de este modo se va allí y me deja en paz.
—Pero si no hay astronaves tripuladas…
—Esa mujer es capaz de conseguir una —rió Baxter—. Respecto a Mary Laine, dile que en realidad tengo noventa años. Lo que sucede es que me disfrazo muy bien.
Koye se inclinó, a la vez que sonreía maliciosamente.
—Lo haré, señor. La cena estará lista dentro de treinta minutos —manifestó.
—Muy bien, voy a cambiarme de ropa.
Baxter fue al baño, en donde permaneció cosa de veinticinco minutos. Al terminar, regresó a la sala, levantó el teléfono y marcó un número.
—Mujer, alta, metro setenta sin tacones, pelo negro, mestiza posiblemente un cuarto; edad entre veintiocho y treinta años, elegante, sofisticada. ¡Ah!, el mestizaje es asiático. Eso es todo.
Baxter colgó el teléfono. Luego se sirvió una copa de jerez. Mientras lo saboreaba, se preguntó por la identidad de la hermosa mujer del traje de serpiente.

* * *

Koye le despertó a la mañana siguiente, a una hora que le pareció terriblemente temprana.
—Llamada del centro de información, señor —dijo.
Baxter despertó instantáneamente.
—Bien, ahora mismo voy. Llévame allí una taza de café.
—Sí, señor.
Baxter se puso una bata corta de baño y abandonó el dormitorio. Descalzo, pasó a la sala, se acercó a una de las paredes y presionó un resorte invisible.
Un lienzo de pared se descorrió silenciosamente. Baxter pasó al otro lado.
Había allí una vasta habitación, con algunos monitores de

televisión y una consola de mando, además de una mesa de trabajo de diseño estremecedoramente futurista. También había un par de cámaras de televisión, una de las cuales encendió en el acto, para situarse frente al objetivo.

—Adelante, Denis —dijo.

Una pantalla se iluminó y el rostro de un hombre de unos cuarenta años y de aspecto más bien corriente, apareció en imagen.

—Esta mañana, al llegar, nos encontramos con tu demanda —dijo—. Introduje los datos en la computadora y al poco rato tuvimos la respuesta que esperamos sea exacta. La dama en cuestión es *lady* Margaret Shaytan, viuda de *sir* Alexander Shaytan, exgobernador de Hong-Kong

, elevado a la dignidad de par por servicios prestados a la Corona británica. *Sir* Alexander falleció al año de casado con su joven y bella esposa.

—¿Asesinado?

Denis Gray rió suavemente.

—Bien, ella tenía entonces veintiún años y el gobernador setenta. La boda causó un cierto escándalo, pero *sir* Alexander se había retirado ya del servicio activo y ello no influyó en su carrera. Por supuesto, *sir* Alexander era un hombre riquísimo. Tenía dos hijos de su anterior esposa, pero la viuda se llevó la mayor tajada de la herencia.

—Comprendo. Gracias, Denis, sólo era curiosidad. La vi ayer en la exposición de joyas de la Cuarta Avenida…

—¿Has dicho exposición de joyas, Budd?

—Sí, eso mismo. ¿Por qué te extrañas? Se exponía una muy curiosa y me llamó la atención. Por eso fui a verla, Denis.

—Te refieres, sin duda, al diamante tibetano.

—Sí, en efecto.

—Se nota que acabas de levantarte de la cama y que no has leído aún los periódicos. El diamante ha sido robado, Budd.

Baxter lanzó un silbido.

—Pero… si era imposible…

—Debió de suceder poco antes de las siete de la tarde. Al cerrar la sala, la dueña del diamante quiso examinarlo de más cerca. Le parecía haber visto una de las caras algo empañada. Entonces fue cuando se descubrió el robo. Lo que había allí no era sino un cubo

de vidrio, Budd.

—Denis, yo estuve allí, entre seis y media y siete de la tarde, y nadie se acercó lo suficiente como para dar el cambiazo.

—Lo siento, pero eso es lo que hay. Cynthia van Korn pidió un martillo, rompió el cubo y… los análisis han dado como resultado que se trataba de vidrio común y corriente, aunque muy bien elaborado, para darle una excelente transparencia. El diamante, desde luego, se ha volatizado.

—Denis, había cámaras de televisión…

—Sí, con cintas de video de funcionamiento alternativo y constante, lo que significa que se grababan todos los movimientos de los espectadores. Cuando se termina una cinta, la otra empieza a rodar, sin solución de continuidad. Entonces un operario coloca una nueva cinta…

—Tal vez el robo se efectuó antes de que se abriera la sala.

—No. Cynthia van Korn y el director del museo aseguran que comprobaron la autenticidad de la joya antes de abrir la sala al público. El cambio se hizo delante de todo el mundo…, pero la policía ha examinado las cintas grabadas y no ha visto que nadie sacara un cubo de vidrio del bolsillo, alargase la mano y lo pusiera en lugar del diamante.

—Denis, la magia no existe actualmente. Alguien hizo el cambio, de la forma más astuta que podamos imaginar…

—Desde luego, y en estos momentos la policía está interrogando a todos los posibles sospechosos.

—Brookson Mulliner, el millonario caprichoso, estaba allí.

—Él no ha sido. En ningún momento se acercó a menos de un metro de los cordones.

—¿Entonces…?

—Entonces, éste podría ser un buen caso para ti, ¿no?

Baxter reflexionó unos segundos. Luego dijo:

—Denis, quiero todos los informes posibles sobre Cynthia van Korn. No te preocupes por mí, ya los examinaré a mi regreso.

—Muy bien, Budd.

—¡Ah!, y procura averiguar algo más sobre *lady* Margaret Shaytan.

—De acuerdo.

—Yo trataré de conseguir una copia de todas las cintas de video

grabadas. Cuando las tenga, haré que te las envíen. Procura ver si encuentras alguna cara conocida entre los espectadores.

—De acuerdo. Haré todo lo que sea posible.

—Otra cosa. ¿Dónde reside Cynthia van Korn?

—Se hospeda en el Waldorf. Es una chica con pasta.

—Sí, eso me pareció. Gracias, Denis, dejaré conectado un receptor que grabe tus informes.

Baxter se puso en pie, pero no se movió. Durante unos segundos, permaneció poco menos que convertido en una estatua, aunque con una activa vida interior.

¿Por qué se le había ocurrido aquella idea?, se preguntó.

Había fundado la agencia de recortes de prensa mucho tiempo atrás y ahora era un negocio en pleno florecimiento, atendido por un director que gozaba de toda su confianza y plena autonomía. A veces, Baxter pensaba que era como si hubiese recibido una gran herencia, que le permitía poco menos que vivir de las rentas.

Pero no le gustaba una existencia de ocio absoluto. Y por mucho que quisiera trabajar, ya no podía hacer apenas nada en su negocio. En cambio…

El robo del diamante cúbico le había inspirado la idea. En el fondo, era bastante más que la posesión de una joya de valor incalculable. Una hermosa muchacha había sido despojada de algo que le pertenecía legítimamente.

¿Por qué no ayudarla a recuperar la joya?

Él no era detective privado, ni tenía intención de serlo, pero podía actuar por propia iniciativa. Y sin buscar la fama ni sentir deseos de ver su nombre y su efigie en las primeras planas de los diarios o en las pantallas de los televisores, a la hora de las noticias. Le parecía que debía hacerlo.

Por otra parte, contaba con ciertos medios de que carecían los detectives privados corrientes. La búsqueda del diamante cúbico y su restitución a la propietaria podían significar un nuevo aliciente para su existencia… a la vez que realizaba una acción de justicia.

Alguien tosió en la entrada. Baxter se volvió.

—Le he traído el café, pero no me ha hecho caso. El señor parecía absorto en sus pensamientos —dijo Koye.

—Dispénsame, Tim —sonrió Baxter—. Es cierto, me había distraído… ¿Sabes?, acabo de tomar una decisión. A partir de

ahora, voy a ser un detective privado secreto.

Koye respingó.

—¿Cómo, señor?

—Todos los detectives privados se anuncian, es decir, en cierto modo son servidores públicos. Yo haré lo mismo, pero secretamente, sin anunciarme ni tomar parte en otros casos que los que merezcan realmente mi atención.

—Apostaría algo a que el señor está pensando en rescatar el diamante cúbico —sonrió Koye.

—Has acertado, Tim —contestó Baxter alegremente.

* * *

Apenas terminó la comunicación, Denis Gray tocó un timbre. Una atractiva muchacha, vestida con un traje muy ceñido y de falda cortísima, apareció ante sus ojos a los pocos segundos.

—¿Jefe?

—Janet, anota esto: Cynthia van Korn, todos los informes posibles. Brookson Mulliner, informes de sus últimas actividades. *Lady* Margaret Shaytan, ampliación de informes al máximo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Dígale a Carla que se ponga en contacto con el capitán Tharnan, de la División de Robos; es el encargado del caso del diamante cúbico robado ayer. Debo hablar con él en cuanto me sea posible.

—Muy bien. ¡Ah!, hemos recibido una nueva suscripción: Fanny Bell, la nueva estrella del *strip-tease*.

—¿Está enterada de las condiciones, Janet?

—Su representante ha suscrito y abonado, por adelantado, el importe de un año.

—¿Para qué querrá esa fulana fotografías? ¿No le basta con mirarse al espejo todas las mañanas?

—Bueno, las hay masoquistas —rió Janet—. Sin duda le debe gustar cómo la ponen verde sus críticos.

—Mientras pague… ¡Ande, Janet, haga lo que le he ordenado!

—Sí, señor.

En la sala contigua había cuatro o cinco muchachas trabajando activamente, entre verdaderos montones de periódicos y revistas,

llegados de todas las partes del mundo. Cada una de ellas tenía delante una gran lista, por orden alfabético, de personalidades y gentes famosas en todos los aspectos. Cada vez que veían una fotografía o leían los titulares de algún artículo periodístico, los recortaban y colocaban en una gran bandeja, que otra muchacha se llevaba de cuando en cuando para ordenar, clasificar y archivar.

Otra de las chicas se encargaba de la computadora, insertando en ella los datos que le eran facilitados y que se almacenaban en la memoria de la máquina. Aquél era el negocio de Budd Baxter, una agencia de recortes de prensa, que tenía abonados en todos los continentes.

Y de allí obtenía Baxter los informes que necesitaba, cuando decidía intervenir en un caso que llamaba especialmente su atención.

Como, por ejemplo, el robo de un diamante que pesaba más de tres kilos y medio. En quilates, suponían diecisiete mil seiscientos.

* * *

El hombre estaba en el vestíbulo del hotel, leyendo apaciblemente un diario en el que, con escandalosos titulares, se daba la noticia del robo del gran diamante cúbico. En realidad, vigilaba.

Budd Baxter penetró en el hotel. El vigilante no le concedió sino una mirada distraída. Aquel hombre de estatura más bien corriente y vestido discretamente, no parecía personaje de importancia. Era uno de los trucos que solía emplear Baxter con más éxito: pasar desapercibido cuando convenía.

Su apariencia personal también contribuía a ello poderosamente. Medía poco más del metro setenta, tenía el pelo castaño y los ojos de color oscuro, que sólo se advertía que era azul cuando se le miraba de muy cerca. Sucedía, sin embargo, que Baxter sólo permitía que le mirasen muy de cerca las mujeres hermosas.

Muy pocos sabían que, bajo aquella inocua apariencia, se escondía una inteligencia privilegiada y una musculatura cuidadosamente cultivada. Algunos habían aprendido, demasiado tarde, que era un error enfrentarse con un hombre que más parecía un oficinista fuera de su covacha burocrática.

Sin la menor vacilación, Baxter se encaminó al ascensor. Entró y

dio una orden al ascensorista:

—Piso duodécimo, por favor.

—Al momento, señor.

Minutos después, Baxter llamaba ante la puerta señalada con el número 1223. Aguardó un poco, pacientemente. AI fin, se abrió la puerta y se quitó el sombrero cortésmente.

—¿Señorita Van Korn?

—Sí, soy yo —contestó la interpelada, en cuyos ojos se veían abundantes huellas de lágrimas—. Pero ahora no deseo recibir a nadie…

—Señorita, no estoy aquí por puro capricho, sino para ayudarla a usted a recobrar el diamante que le fue sustraído ayer por la tarde.

CAPÍTULO III

La joven miró asombrada a su visitante.

—Lo siento, pero me parece que no voy a necesitar sus servicios —manifestó, tras unos segundos de pausa—. La policía ya se encarga…

Baxter sonrió. Sacó una tarjeta de visita y se la entregó a Cynthia.

—Por favor, permítame hablar con usted unos minutos. Después, si no le interesa, desistiré de mis pretensiones.

—Muy bien. —Ella se echó a un lado—. Entre, señor Baxter.

—Gracias.

Cynthia cerró la puerta y señaló una butaca en el saloncito de la *suite* que ocupaba.

—Presumo que es usted detective privado o algo por el estilo —dijo—. Señor Baxter, debe saber que he rechazado ya media docena de ofertas. Por tanto, me creo en el deber de advertírselo a fin de evitarle una decepción.

—Sí, ya me imaginaba algo por el estilo, aunque mi oferta va a ser distinta de todas las demás. Sólo necesitaré alguna información suplementaria, de la que no aparece en los periódicos. Por cierto, yo estaba en la sala de exposiciones a la hora en que se cometió el robo y todavía me siento pasmado de asombro por la habilidad con que actuó el ladrón.

—No recuerdo haberle visto allí —dijo Cynthia.

—Es claro, había mucha gente… Señorita Van Korn, voy a recuperar su brillante cúbico. No voy a pedirle nada, ahora; sólo cuando le entregue el diamante, le presentaré una minuta de honorarios evaluada en cien mil dólares.

Cynthia respingó:

—Cien mil…

—El diamante vale cien veces más, si es que se puede conceder

valor a algo invaluable —sonrió Baxter—. ¿Lo tenía usted asegurado?

—No, no ha habido compañía que se quisiera arriesgar. Pero pienso que cien mil dólares…

—Si ahora yo le ofreciera el diamante, ¿los pagaría?

Ella se mordió los labios.

—Sí —admitió al fin.

—¿Lo ve? Yo no le voy a sacar unos miles de dólares como anticipo para gastas, cosa que, sin duda, han solicitado los otros detectives que hayan venido a visitarla. Si fracaso, habré perdido mi tiempo más el dinero que emplee en las investigaciones. No obstante, modestia aparte, le diré que espero recuperar la joya. Y ni siquiera le exigiré un compromiso escrito; me basta con su palabra.

—Es usted un hombre extraño, señor Baxter —observó Cynthia—. ¿Qué le impulsa a obrar de esta manera?

—Sería difícil de explicar, señorita. Digamos que es un caso apasionante desde el principio. No sólo por la joya, sino por la forma en que fue robada.

—A estas horas, puede que esté ya fuera del pa… —dijo ella, tristemente.

—Quizá, aunque yo no lo creo así.

—O tal vez la han troceado…

—Nada de eso. El robo ha sido ejecutado por alguien que quiere la joya para su exclusiva contemplación, no por puro interés crematístico. Sí, es fácil saber que si se dividiera el diamante en otros muchos más pequeños y se hicieran tallar, se obtendrían millones. Pero usted sabe que hay personas muy ricas que hacen robar cuadros u objetos de arte famosos y que los guardan bien escondidos en su residencia, para darse el capricho de ser ellos los únicos que gocen de su contemplación. Eso mismo, opino yo, pasa con su diamante.

—No fue una buena idea exponerlo —se lamentó la joven.

—Usted no podía negarse a la petición de un viejo amigo de su padre —dijo Baxter.

—Eso es cierto, y el señor Creeley es el primero en lamentarlo.

Baxter contempló unos instantes a la hermosa muchacha que tenía frente a sí. Hija de holandés y tibetana, sin duda. Una extraña mezcla de sangres que había dado como resultado un cabello

precioso, de color ala de cuervo, ojos azules y un rostro exótico, lo que lo hacía doblemente atractivo. «Y ello, sin contar con el cuerpo», pensó.

Pero el cuerpo estaba ahora cubierto por una gran bata, que disimulaba por completo sus formas.

—Señorita Van Korn, ¿qué hacía usted con el diamante cúbico cuando no lo exponía? —preguntó.

—¡Oh!, lo guardaba en una caja fuerte, en un Banco… Periódicamente iba a comprobar que seguía allí, hasta que el señor Creeley me lo pidió para la exposición de gemas. Creeley y mi padre fueron amigos de infancia y adolescencia, e incluso después tuvieron relación, cuando mi padre se vio obligado a abandonar el Tíbet. Por lo tanto, no podía negarme a su petición.

—Es decir, Creeley conocía ya la existencia del diamante.

—Sí, desde luego. Pero no irá a considerarle como sospechoso…

—¡Líbreme Dios! —Sonrió Baxter—. Sólo quería conocer algunos datos personales del director del museo. Bien, no quiero molestarla más, señorita Van Korn. En la tarjeta está mi teléfono privado, el que no figura siquiera en el listín. Si recuerda algo de interés, telefonee inmediatamente. Le contestará mi ayuda de cámara, en caso de que yo no esté en casa o, si él también estuviera ausente, su llamada quedaría registrada en la grabadora automática.

—Lo tendré en cuenta.

—Muchas gracias por haber accedido a recibirme, señorita Van Korn.

Al quedarse sola, Cynthia leyó de nuevo la tarjeta: «G. W. Baxter», y un número de teléfono, era todo lo que había impreso en la blanca cartulina. De repente, sin saber por qué, presintió que el inesperado visitante conseguiría recobrar la joya robada.

* * *

La mujer insertó un cigarrillo en la larga boquilla. Una mano obsequiosa acercó un encendedor. Delante de ella había una gran pantalla, en la que acababa de presenciar algunas imágenes.

—Es curioso —dijo—. Yo tuve la misma idea, pero alguien se me anticipó. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Fue muy listo, *milady* —contestó el hombre que estaba en pie

junto al sillón.

—Sí, Bobo —contestó ella—. ¿Te costó mucho la copia de la cinta?

—Bastó con mil, señora.

—Perfectamente… ¡Ah!, aquí está Chwan.

Un hombre entró en la sala.

—*Milady*…

—¿Cómo está Harry?

—Tiene la pierna derecha convertida en un montón de astillas. En cuanto a Rocky, murió a consecuencia de la fractura de las vértebras cervicales.

Lady Margaret Shaytan frunció el ceño.

—Quizá me equivoqué con el tipo —murmuró—. Acaso debí haber empleado procedimientos más sutiles…, pero lo cierto es que era alguien que también estaba interesado en el diamante.

—No creo que él se lo llevase, señora —dijo el recién llegado.

—Yo tampoco, aunque siento curiosidad por saber quién es, qué hacía allí y cuáles eran sus propósitos. He estado viendo la cinta y he podido darme cuenta de que apenas se movió, cuando se produjo el incidente del collar de zafiros.

—Si *milady* me lo permite, le diré que el caballero a quien alude es George Washington Baxter y que reside en el mil doscientos de la Quinta Avenida. Es un hombre muy rico y no se le conoce un empleo definido.

—Sí, vivirá de las rentas —sonrió ella.

—Tampoco parece que sea un *play-boy*, *milady*.

Lady Margaret se recostó en el asiento y contempló las nubes de humo que salían de su cigarrillo.

—Destrozó una pierna a Harry y mató a Rocky —susurró—. Tal vez me precipité al juzgarle. Pero ya me ocuparé de él, en persona. Bobo, por favor, pasa la cinta de nuevo.

—Sí, *milady*.

* * *

—Los informes sobre *lady* Margaret son muy interesantes —comentó Baxter aquella misma tarde.

—Algunos pasajes de su vida son particularmente escandalosos —admitió Denis Gray—. Sin embargo, me parece que ya sé cómo cambiaron la piedra.

—A ver, dime.

—Te pasaré un trozo de película y tú mismo juzgarás. ¿Listo?

—Sí; cuando quieras.

La pantalla de otro televisor se encendió en el acto. Baxter pudo contemplar, de nuevo, la sala de exposiciones.

El cubo de diamante refulgía en el centro de la imagen. De pronto, se vio la figura de *lady* Margaret al otro lado del pedestal negro que sostenía la joya.

Baxter frunció el ceño. Al cabo de unos minutos, dio orden a Gray de que suspendiera la proyección.

—Un truco muy ingenioso —dijo—. Los reflejos de su vestido y de su bolso, pero, sobre todo, de este último, *cegaron* el objetivo de la cámara durante quince o veinte segundos.

—Es tiempo más que suficiente para cambiar la piedra, ¿no crees? En ese espacio de tiempo, la cámara no registró ninguna imagen. En cuanto a la otra, ella misma la tapaba con su propio cuerpo.

—Denis, eso significa ensayos previos. Han tenido que estudiar detenidamente la sala de exposiciones y montar una sala análoga, con dos cámaras. De este modo, cuando llegó el momento, *lady* Margaret pudo actuar sin la menor vacilación, sin fallo alguno.

—Bien, pero ella no robó la piedra. Ninguno de sus movimientos es sospechoso, salvo el de situarse en la posición adecuada, para que los reflejos de su vestido y de su bolso cieguen la cámara. Tuvo que necesitar la ayuda de un cómplice.

—Muy cierto, pero ¿cómo evitaron que funcionase la alarma?

Gray se tiró del labio inferior.

—No lo sé, no se me ocurre ninguna idea —contestó—. Desde luego, se aprecia claramente el jaleo que se organizó cuando alguien gritó que se habían llevado el collar de zafiros. Un segundo más tarde, ella empezó a cegar la cámara. Si te fijas bien en la imagen, prácticamente no había ya nadie frente al pedestal con la joya.

—Mulliner, el millonario caprichoso, no hizo tampoco nada sospechoso. Debemos descartarle, opino.

—Y centrar la atención en *lady* Margaret.

—Sí.

—Cuidado, Budd.

—No pases pena por mi —sonrió Baxter—. Ya buscaré la manera de provocar un encuentro satisfactorio. Gracias por todo, Denis.

Baxter cortó la comunicación. Cuando salía del cuarto de comunicaciones, alguien le atacó.

El golpe consistía en un puñetazo de arriba abajo. Baxter echó el cuerpo hacia atrás y agarró con ambas manos la muñeca de su adversario. Inmediatamente, extendió los brazos hacia arriba, a fin de levantar más todavía el brazo de su adversario.

A continuación, dio un cuarto de vuelta a su derecha y avanzó ampliamente el pie derecho, para desequilibrar a su contrincante, enviándolo hacia delante, a la vez que le aplicaba la presa de brazo, bloqueando el codo izquierdo del otro, bajo su sobaco. Entonces, el atacante le tocó el muslo con su mano izquierda, en señal de rendición.

Los dos luchadores se separaron y se saludaron mutuamente.

—El señor mejora cada día —sonrió Koye—. Ha realizado la segunda serie de la cuarta kata, a la perfección. Me ha sido imposible aplicarle mi Tsuki-age o puñetazo de arriba abajo.

Baxter sonrió, también.

—Sólo el maestro verdaderamente sabio sabe ser humilde y reconocer las virtudes de su discípulo —dijo.

—¿Confucio, señor?

—No, Budd Baxter. También yo tengo derecho a inventarme mis propias sentencias, creo —contestó Baxter, riendo.

* * *

El teléfono sonó y Cynthia van Korn se levantó para atender la llamada. Una voz de hombre llegó en el acto a sus oídos:

—Señorita Van Korn.

—Sí.

—Tengo una buena noticia para usted, pero me gustaría comunicársela en privado. Usted ya se imagina a qué me refiere. ¿No es así?

—En efecto. Hable, se lo ruego.

—Será mejor que acuda a la cabina telefónica que hay tres

manzanas más abajo, hacia el sur. Procure estar allí dentro de treinta minutos.

La comunicación se cortó. Cynthia sintió que la esperanza renacía de nuevo en su ánimo.

Ya había encontrado al ladrón, se dijo. Seguramente le pediría una buena cantidad por el rescate de la piedra. Si el tipo se mostraba razonable, le daría el dinero, aunque, por supuesto, comprobando antes la autenticidad de la joya.

Por un momento, sintió la tentación de llamar a Baxter, pero desechó la idea de inmediato. ¿Para qué, si ella misma podía recobrar la joya, sin intervención ajena?

Corrió a vestirse. Diez minutos más tarde, salía del hotel. En su precipitación no se dio cuenta de que Baxter llegaba en aquel mismo momento.

Baxter se extrañó de la rapidez con que se movía la muchacha. Intrigado, decidió seguirla.

Minutos después, la vio que se detenía ante una cabina telefónica. No lejos de allí divisó un puesto de venta de periódicos.

Compró un diario de la tarde. Cubierto por el periódico, se acercó a la cabina encristalada, apoyándose con aire negligente en una de las esquinas. Con el rabillo del ojo apreció que Cynthia, muy nerviosa, no se había apercibido de su presencia.

Pasaron algunos minutos. De pronto, sonó el teléfono.

Baxter ya estaba apercibido. Disimuladamente, aplicó al cristal algo que parecía una ventosa de goma, unido por un diminuto cable al audífono que tenía insertado en la oreja derecha. En el mismo instante, Cynthia levantaba el auricular.

CAPÍTULO IV

El coche se detuvo, al atardecer, a la entrada de un camino secundario, cubierto de vegetación a ambos lados. Cynthia se apeó del vehículo y miró a su alrededor.

Aquél era el lugar señalado por su anónimo comunicante. Pero no había nadie.

Un vago recelo se apoderó de su ánimo. ¿Y si todo había sido un engaño?

La vegetación crujió repentinamente a sus espaldas. Cynthia se volvió.

—No grite —dijo el sujeto que le apuntaba con una pistola.

—¿Es usted el que me ha llamado por teléfono? —preguntó ella.

—He sido yo.

Cynthia giró sobre sus talones. Un segundo hombre acababa de aparecer por el lado opuesto.

—¿Qué… qué es lo que desean? —preguntó, dándose cuenta demasiado tarde de que le habían tendido una encerrona.

—Suba al coche y conduzca. Nosotros le indicaremos adónde debe ir —dijo el segundo hombre.

—Sospecho que la señorita Van Korn se va a mostrar en claro desacuerdo con ese plan —sonó, de repente, una tercera voz masculina.

Cynthia lanzó un grito de sorpresa:

—¡Señor Baxter!

—¡Hola! —Sonrió el recién llegado.

De pronto, el de la pistola apretó el gatillo.

La bala pasó rozando un hombro de Baxter, quien se había inclinado oportunamente. Un segundo después, Baxter se elevaba en el aire, girando un poco sobre su cuerpo. El pie derecho actuó devastadoramente contra el tórax de un hombre.

La pistola y su dueño cayeron separados. De repente, Cynthia

emitió un chillido de terror.

Algo brillaba en la mano del otro individuo. Cynthia vio una cosa que volaba por los aires con rapidez relampagueante. En el mismo instante, Baxter se inclinaba ligeramente a su derecha.

Aquella cosa se clavó en un árbol que tenía a su espalda. Baxter estiró la mano derecha, desclavó el objeto y lo despidió casi instantáneamente.

La estrella de metal giró zumbando en el aire. Su dueño se había inclinado también, pero no supo prever acertadamente la trayectoria del mortífero proyectil de ocho puntas, con los bordes afilados como navajas de afeitar. Con la fascinación del horror que la atraía a su pesar, Cynthia vio que la estrella, convertida aparentemente en un brillantísimo disco, rasgaba el cuello de su propietario.

Se oyó un rugido inhumano. El hombre cayó al suelo, agarrándose la garganta con las dos manos, mientras pataleaba horriblemente.

Baxter se volvió. Asombrado, se dio cuenta de que el otro sujeto había escapado a través de los matorrales.

—El golpe no resultó demasiado efectivo —murmuró.

Cynthia aparecía como paralizada por el horror. Baxter la empujó hacia su coche.

—Trate de mantener la serenidad y conduzca en sentido inverso, hasta una estación de servicio que hay a ocho millas. ¿Comprendido?

Ella, muy pálida, asintió.

—Sí…, pero ¿cómo ha llegado usted…?

—Se lo contaré luego. Ahora conviene abandonar este lugar cuanto antes. ¡Vamos, muévase!

Cynthia, aturdida, pero también espoleada por la energía que había en la voz del joven, corrió hacia su automóvil. Cuando arrancaba para dar la vuelta, lanzó una mirada al hombre degollado.

Ya no se movía.

* * *

Sentado frente a Cynthia, en una de las mesas de la cafetería de la gasolinera, Baxter puso unas gotas de su *whisky* en la taza de café

que había pedido para la muchacha.

—Esto es mejor que el *whisky* puro —sonrió.

Ella tomó un par de sorbos. El color volvía lentamente a sus mejillas.

—Me tendieron una trampa…

—No la culpo. Usted no me conoce bien, todavía, y no acababa de creer en mí. Por eso accedió a reunirse aquí con los presuntos dueños de la joya.

—Pero usted lo adivinó. ¿Quién se lo dijo?

—Nadie —sonrió Baxter—. Aunque usted, si bien involuntariamente, me resultó de gran ayuda, al repetir las instrucciones que le dieron por teléfono. Yo estaba en la cabina, pero por fuera, y lo escuché todo.

—No se puede oír…

—Yo, sí, y luego se lo explicaré. Ciertamente, ha sido una suerte que la viera salir del Waldorf, cuando yo iba, precisamente, a visitarla. Usted parecía tener tanta prisa que ni siquiera me vio.

—Quería recobrar el diamante, compréndalo.

—Claro. Por cierto, un tal Mulliner quiso comprarle a usted el diamante hace algunos años y usted se negó.

—No lo he querido vender jamás. Por fortuna, no necesito el dinero que esa hipotética venta podría proporcionarme. Tal vez no esté bien que lo diga, pero soy una rica heredera. Sí, hubo joyas en la familia, y en gran cantidad. Cuando mis padres tuvieron que huir del Tíbet, se llevaron consigo un cofrecillo repleto de piedras preciosas, aparte del diamante cúbico. Esas piedras no tenían valor…

—¡No tenían valor! —resopló Baxter.

—Bueno, yo me refiero a valor sentimental. El que sí lo tiene para mí es el diamante cúbico, y por eso no he querido venderlo jamás.

—Entiendo. De modo que no quiso venderle el diamante a Mulliner.

—No. La oferta podría calificarse de excelente, pero, a pesar de que subió e incluso llegó a doblar su precio inicial, no acepté. Desde luego, es el que más ofreció, porque debe suponerse que no es el único que ha querido comprarme el diamante.

—Sí, me lo imagino. ¿Habló con Mulliner en persona?

—La última vez, sí, hará cosa de dos años, cuando vio que su secretario no conseguía nada. Claro, el secretario sólo podía llegar a cierta cifra, por lo que tuvo que verme él en persona. Pero ni aun así consiguió sus propósitos. ¿Acaso sospecha de Mulliner? —preguntó Cynthia, repentinamente.

—Se puede sospechar de tanta gente… —sonrió Baxter—. Hablemos ahora de otra cosa. Usted tenía el diamante guardado en un Banco.

—Sí, es cierto.

—De cuando en cuando, iba a comprobar que seguía en su caja de alquiler.

—Exactamente.

—¿Sola?

—Ordinariamente, sí.

—¿Quién fue con usted en otras ocasiones?

—El señor Creeley.

—Director del museo —musitó Baxter, pensativamente.

—Confío en que no sospeche de él —exclamó la joven—. Mi padre tenía absoluta confianza en el señor Creeley. Yo recuerdo haber oído su nombre casi desde que tenía uso de razón. Además, él no haría una cosa semejante.

Baxter sonrió de una forma especial.

—A veces, las personas en quienes uno más confía dan unas sorpresas muy desagradables —dijo—. Pero, por supuesto, lo descartaremos a él como principal sospechoso. Conozco su fama como experto en arte oriental y en piedras y objetos preciosos y tengo la completa seguridad de que él es el más afectado por lo sucedido. Ahora bien, dígame cómo supo usted que el cubo de cristal que había encima del pedestal negro era una falsificación.

—Bien; cuando la exposición iba a cerrarse, yo quise dirigir una mirada al diamante. Me pareció que no brillaba tanto como en otras ocasiones. Acaso el control de humedad ambiental, que la mantiene siempre en un mismo grado, no funcionaba correctamente… Eso es lo que pensé en aquel momento. Pero luego, cuando tuve la piedra en mis manos, comprobé que había sido cambiada.

—Con un martillo —sonrió Baxter.

—¡Oh, no!, en absoluto. Eso lo hice después… ¿Recuerda que el diamante estaba apoyado en uno de sus vértices? Esta posición le

proporcionaba mayor espectacularidad que si hubiera estado apoyado en una de sus caras. Me lo sugirió el propio Creeley y yo aprobé la idea… porque precisamente el vértice que se hundía en un diminuto hueco de forma piramidal, pero hueca, que permitía a la piedra mantenerse en esa posición, tenía una mella que no era perceptible salvo con una lupa de gran aumento.

—La imperfección en la perfección.

—Justamente. Por medio de la lupa vi que faltaba esa mella.

—Es decir, el cubo de cristal era perfecto.

—Sí. El que lo imitó no sabía que faltaba ese diminuto pico del vértice, que no mide más de dos décimas de milímetro. La prueba del martillo resultó ya definitiva.

—Señorita Van Korn, por favor, dígame usted cómo se hizo el traslado de la piedra, al museo —pidió el joven.

—Fuimos el señor Creeley y yo, sin protección de guardias ni acompañamiento espectacular que pudiera llamar la atención. La piedra estaba en una caja negra, forrada interiormente de terciopelo rojo. La caja es bastante mayor que el diamante, a fin de que pueda tener en su interior una protección de poliuretano, forrada, como ya he dicho, de terciopelo, lo que evita daños en caso de golpes imprevistos.

—Y llevaron la joya al museo…

—Directamente. Le aseguro que no me separé de ella en ningún momento. Creeley no fue se lo garantizo.

Baxter hizo un gesto con las manos.

—No dudo en absoluto de la honorabilidad del señor Creeley y más, después de lo que acaba de decirme —contestó.

—Todavía hay más. Yo misma coloqué la piedra en su sitio y luego el señor Creeley me hizo probar las distintas alarmas, otorgándome, ficticiamente por supuesto, el papel de un hipotético ladrón. Créame, no había manera alguna de llegar a la piedra sin que las alarmas funcionasen.

—Lo cual da una clara idea de la inteligencia del ladrón. De todos modos, hay dos cosas seguras: la piedra ha sido robada y yo voy a recuperarla.

Cynthia inspiró con fuerza.

—Espero que lo consiga…, sobre todo después de lo que he visto hace poco. Es usted un hombre terrible, señor Baxter.

—Si lo prefiere, puede llamarme Budd, como hacen los íntimos.

—Gracias —sonrió ella—. Oiga, ¿qué era esa cosa tan espantosa que le arrojaron y que usted devolvió con efectos mortíferos?

—Shurtken, aunque no todas las armas de ese tipo son estrellas de varias puntas, con los bordes muy afilados —contestó él—. Es un nombre japonés —aclaró.

—Me estremezco, sólo de pensar en aquel pobre hombre…

—Aquel pobre hombre quiso matarme —dijo Baxter, fríamente, a la vez que depositaba un billete sobre la mesa—. No piense más en él, le conviene.

—Pero no entiendo por qué quisieron secuestrarme…

—Tampoco yo, aunque espero aclararlo algún día. —Baxter se puso en pie—. Ahora volveremos a casa y usted viajará todo el rato delante de mí, ¿entendido?

—De acuerdo.

Salieron de la cafetería. Cuando ella ya estaba sentada tras el volante, Baxter formuló una petición:

—Me gustaría que concertase una entrevista con el señor Creeley —dijo—. Deseo que me explique, pero cuando no haya nadie en el museo, claro, el funcionamiento de las alarmas. ¿Querrá hacerlo?

—Con mucho gusto, Budd. ¿Cuándo?

—Mañana, por ejemplo, a la hora que más le convenga a él. Sea prudente conduciendo —aconsejó finalmente.

Cynthia le dedicó una hechicera sonrisa.

—Descuide —contestó.

* * *

—Por último, la acompañó hasta el Waldorf y luego volvió a su casa —finalizó Bobo Doo su informe.

Margaret asintió, mientras dejaba que Chwan le encendiese el cigarrillo.

—¿Qué hicieron en aquel camino? —preguntó.

—Debieron de entrevistarse con alguien. No pude verlo, señora —respondió Bobo—. Era un camino muy estrecho y polvoriento y dejé que se me adelantaran un trecho, a fin de que no se dieran cuenta de que les seguía. Cuando me disponía a entrar en el camino, salieron los dos, en sus coches respectivos. Luego entraron

en La cafetería de una estación de servicio…

Margaret agitó una mano.

—Sí, eso ya lo has dicho. Probablemente fueron a entrevistarse con alguien que tenía la piedra, pero o no se arreglaron o el tipo no acudió a la cita.

De pronto, Margaret se puso en pie. Sus esbirros la contemplaban en medio de un respetuoso silencio.

—Bobo, mañana por la mañana irás a recorrer ese camino hasta el final —ordenó—. Quiero saber si llega a alguna posesión privada y, en tal caso, el nombre de su propietario.

—Sí, señora.

—Chwan, tú estarás aquí, en casa, esperando constantemente las llamadas de Bobo y de los otros dos. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Los ojos de Margaret Shaytan relampaguearon con el brillo de una pantera.

—Y yo trataré de ocuparme de ese *play-boy* entrometido que quiere jugar a los detectives —concluyó.

CAPÍTULO V

La dama caminaba pausadamente por la acera, cuando dos sujetos mal encarados le cortaron el paso.

—Será mejor que nos entregue el dinero que lleva en el bolso, señora —dijo uno de ellos.

La dama retrocedió.

—Llamaré a un guardia…

—Vamos, señora, no sea estúpida. A estas horas no hay guardias por ninguna parte.

Se oyó un leve chasquido. Algo brilló en la mano del segundo individuo.

—Y si no quiere darnos el bolso, le cortaremos la mano —añadió, truculentamente.

Alguien surgió de las sombras cercanas.

—Caballeros, por favor.

Los dos hampones se volvieron. De repente, ocurrió algo extraño.

Uno tras otro, los hampones volaron por los aires, arrancados del suelo por una fuerza misteriosa. Aturdidos, asombrados, pero también llenos de terror, escaparon a la carrera perdiéndose por la calle más cercana.

—Señora, no sabe cuánto me alegro de haberle evitado un grave contratiempo —dijo Baxter—. Pero, si me permite, le reprocharé su imprudencia por pasear sola a estas horas de la noche. Las calles de Nueva York son inseguras para una dama, incluso a pleno sol.

Ella tenía una mano en el pecho. Sus ojos contemplaban al joven con expresión de asombro.

—No… no sé cómo darle las gracias, caballero…

—No tiene por qué darlas, señora; ha sido un verdadero placer. Si me lo permite, llamaré un taxi para que la lleve a su casa.

—¡Oh, vivo muy cerca!; no es necesario que se moleste.

—Al menos, me permitirá escoltarla. Y también presentarme: mi nombre es George Washington Baxter.

—Soy *lady* Margaret Shaytan y me siento vivamente complacida por haber conocido a un hombre tan galante y tan valeroso. Gracias una vez más, señor Baxter.

—Señora, permítame…

Cortés, Baxter ofreció el brazo a la dama, que lo aceptó de inmediato. Ella dijo que no tenía sueño y que había salido a dar un paseo con el fin de distraerse un poco. Baxter dijo que había acudido a una sesión de teatro y que volvía a su casa a pie, ya que le gustaba estirar las piernas y que, total, caminar un par de kilómetros no hacía daño a nadie.

—Pero los teatros cierran a las once de la noche —observó Margaret.

—Fui con un amigo y entramos en un bar a tomar una copa. El tiempo se nos pasó sin sentir, charlando de negocios.

—Comprendo. ¡Ah, ya hemos llegado! —exclamó ella, de pronto —. Señor Baxter, me sentiría muy honrada si aceptase una copa en mi casa —añadió.

—Será un placer, *lady* Margaret.

Minutos más tarde, entraban en un lujoso apartamento. Un criado oriental, con chaquetilla blanca de cuello cerrado, salió a recibirles.

—Ki Fo, el caballero es mi invitado —dijo ella—. Prepáranos algo de beber. Puedes retirarte más tarde.

—Bien, *milady*.

Margaret llevaba puesta una capa de pieles y la dejó sobre un sillón. Baxter la había visto días antes con el traje de serpiente, pero ahora no estaba menos bella con otro análogo, aunque totalmente negro. En la decoración del departamento entraba el blanco como color dominante y el contraste resultaba singularmente fascinador.

Ki Fo trajo una bandeja con copas, saludó y se retiró. Margaret tomó la suya.

—Debería decir «por mi salvador», pero resultaría una frase más que pobre, ridícula. Prefiero brindar por el placer de haberle conocido, señor Baxter.

—Eso es algo en lo que estoy completamente de acuerdo, *lady* Margaret —sonrió el joven—. ¿Puedo preguntarle si está de paso,

en Nueva York?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Hoy aquí, mañana allá, pasado… ¿quién sabe? No tengo raíces, soy una mujer desarraigada.

—Con su belleza y su juventud, ¿puede decir tales cosas?

Margaret se echó a reír.

—Quedé viuda hace algunos años. Desde entonces estoy sola —contestó.

—Y no ha tenido necesidad de compañía.

—Poseo una especie de sexto sentido que me hace detectar de inmediato lo que hay en determinadas frases presuntamente amorosas. Francamente, me siento reacia a encadenarme por segunda vez a un hombre.

—Hasta que el amor vuelva a llamar de nuevo a la puerta de su corazón.

«Dios mío, qué frase tan inicua; parece que esté hablando como un personaje de novela del siglo pasado», pensó Baxter.

—Esa puerta está blindada, por ahora.

—*Lady* Margaret, desde que se inventó la pólvora siempre ha habido una lucha continua entre el cañón y los blindajes. Debo decirle que el cañón ha ganado siempre, aún con derrotas temporales.

—Cuando llegue el momento, yo misma quitaré el blindaje —sonrió ella.

Baxter apuró su copa.

—Espero que ese día llegue pronto. —Tomó la mano de la dama y se inclinó para besarla—. *Lady* Margaret, aparte de que no debo seguir abusando de su hospitalidad, soy un hombre que ha de trabajar para vivir —añadió.

—No le retendré más, aunque sí me gustaría… profundizar un poco este conocimiento. Señor Baxter, aceptaría con mucho gusto una invitación suya para cenar, cuando sus negocios se lo permitan.

—Siendo así, permítame que la telefonee mañana y le pregunte cuáles son los compromisos que usted va a cancelar. Buenas noches, *lady* Margaret.

Baxter se metió en el ascensor instantes más tarde. «Bien, si ella quería entablar relaciones conmigo, ya lo ha conseguido; este afortunado incidente me ha evitado una gran pérdida de tiempo»,

pensó.

Mientras volvía a su casa, continuó meditando en el encuentro con Margaret. No había tenido nada de casual; ella lo había hecho seguir, para fingirse después la víctima de un supuesto asalto… justo cuando él tenía la ocasión de intervenir.

Pero quedaba la duda de los motivos que había tenido Margaret para provocar el encuentro. Si ella era la autora del robo del diamante, el encuentro no tenía razón de ser.

«A menos que su plan fallase y haya sido otro el que se llevó la joya».

¿Quién podía ser ese otro?

La respuesta tenía un nombre; Brookson Mulliner, el millonario caprichoso.

¿Cómo había conseguido llevarse la joya?

* * *

El director del museo, Lars Creeley, sudaba copiosamente. A cada instante se pasaba un pañuelo por la cara empapada de transpiración.

—Se lo aseguro. Han pasado ya días, y todavía no he conseguido pegar un ojo… Jamás, jamás me perdonaré lo sucedido. Yo fui quien le pidió a Cynthia que me prestase su joya para la exposición…

—Por favor, cálmese, señor Creeley —dijo Baxter con acento persuasivo—. Recobraremos la joya; no hay motivos para sentir temor. Claro que un hecho de esta naturaleza es siempre desagradable, pero, como he dicho, acabaremos por rescatar el diamante. Señor Creeley, ¿quiere enseñarme cómo funcionan las alarmas?

—Será un placer, señor Baxter. Por aquí, tenga la bondad.

La entrevista se había celebrado en el despacho del director, al que había acudido Baxter, después de que Cynthia le dijese que Creeley accedía a recibirle. Los dos hombres abandonaron el despacho y, recorriendo las distintas salas, se encaminaron a la pequeña rotonda, donde se había expuesto el diamante.

—Mire, señor Baxter; las alarmas están, ahora, activadas —dijo Creeley—. Trate de salvar los cordones.

Baxter pasó una pierna por encima de uno de los gruesos

cordones que rodeaban el pedestal. Un gong empezó a tañer inmediatamente, en alguna parte. Dos guardias armados llegaron a la carrera.

—Tranquilícense, amigos míos —dijo Creeley—. El señor Baxter es un investigador privado, que está realizando pesquisas, al objeto de recobrar el diamante robado. Retírense, por favor.

—Como usted ordene, señor.

Baxter levantó la vista hacia la cúpula semiesférica que era el remate de la rotonda.

—¿Qué me dice de descolgar un cable, provisto de unas pinzas, desde allá arriba? —preguntó.

—Está previsto también. Mi ayudante le hará una demostración inmediatamente. ¿Bennet?

—Al momento, señor Creeley —contestó una voz desde lo alto de la cúpula.

En el remate había cuatro claraboyas de forma circular, una de las cuales estaba abierta en aquellos instantes. Alguien, por medio de una varilla de metal, hizo deslizarse un fino cable, provisto de una pinza que actuaba de forma mecánica.

El gong sonó de nuevo, cuando la pinza estaba a un metro de distancia del pedestal.

—Fantástico —dijo Baxter—. Nadie por arriba, nadie por los costados…, pero ¿qué me dice por abajo?

Creeley parpadeó.

—¿Por abajo? —repitió.

—Sí, exactamente. ¿Qué hay debajo de esta sala?

—Pues… un almacén, un taller de restauración…, pero el suelo es firme, no se comunica con la planta sótano…

Baxter sonrió.

—Señor Bennet —alzó la voz—, por favor, ¿quiere desconectar la alarma?

—Sí, señor Baxter, Les avisaré cuando lo haya hecho.

El ayudante se retiró. Momentos después, informaba:

—La alarma está desconectada.

Baxter pasó al otro lado de los cordones y se acercó al pedestal, que medía aproximadamente un metro de altura por medio de diámetro. El terciopelo que lo forraba, observó, era muy grueso.

Golpeó el pedestal con la mano y obtuvo sonido a hueco.

—Es de madera, de una sola pieza, pero ahuecado por el interior, a fin de proporcionarle cierta ligereza, sin mengua de la solidez —explicó Creeley pedantemente.

Baxter asintió. De pronto, asió el pedestal por el borde superior, con ambas manos.

—No podrá quitarlo; está sujeto…

Un fuerte crujido interrumpió a Creeley. Baxter acababa de separar la columna, del suelo. Sin apenas esfuerzo, la apartó a un lado.

—Si piensa que alguien perforó el suelo, para robarla desde el sótano, está muy equivocado —dijo Creeley.

Baxter no contestó. Acababa de volcar la columna y examinaba cuidadosamente su interior. De repente, se irguió y golpeó con el tacón el punto del pavimento en que había estado la columna hasta aquel momento.

Se oyó un sordo estruendo. Un círculo del pavimento se hundió, de golpe, en las profundidades del sótano, dejando a la vista un hueco de unos cuarenta centímetros.

La mandíbula de Creeley colgó flojamente. Baxter le miró y sonrió.

Acto seguido, se puso de rodillas y metió la mano derecha en el hueco de la columna. Tanteó un poco y luego tiró sin demasiada fuerza. Segundos después, enseñaba al estupefacto director un negro círculo, en cuya parte inferior, atornillada, se divisaba una varilla metálica, cilíndrica, de unos ochenta centímetros de largo.

—Así se llevaron la joya y dejaron una falsificación en su lugar —dijo.

* * *

—Pero no acabo de entenderlo bien —exclamó Denis Gray, aquella misma tarde—. Admito que desde abajo tirasen del disco con la joya y lo hicieran subir inmediatamente con la falsificación. Pero eso cuesta algún tiempo, no sé, pongamos, tras un gran entrenamiento, treinta segundos. En las cámaras no aparece nada, Budd.

Los dos hombres hablaban a través de la televisión.

—Sin embargo así es como se hizo, Denis —insistió Baxter—. En algún momento de la exhibición, alguien dio el cambiazo.

—¿*Lady* Margaret?

—Posiblemente. Recuerda que los destellos de su vestido y de su bolso cegaron las cámaras.

—¿No había alarma para un posible robo efectuado de esta forma?

—No. La alarma funciona sólo cuando se ataca desde arriba y por los flancos, pero no desde abajo.

—Muy bien. Dime ahora cómo lo hicieron.

—Trabajaron durante todo el fin de semana. Cortaron un disco del suelo y lo prepararon de modo que se pudiera sujetar por simple presión. La columna fue preparada de la misma forma. Ahora bien, el disco del suelo, que era parte del techo del sótano, es de material muy ligero, aunque pintado hábilmente a fin de que no se advirtiera la sustitución. Entonces, el que estaba abajo, por medio de una escalera retiró el disco del suelo y tiró de la varilla del disco de la columna. Ya tenía preparada la piedra falsa y lo hizo subir de nuevo hasta su sitio. Luego volvió a poner el disco del suelo…

—Budd, me gustaría que repitieses la operación tú mismo, para comprobar el tiempo empleado.

—Lo haré —convino Baxter—. Ciertamente, ésa es una idea que no se me ocurrió esta mañana.

—Yo te daré otra idea: alguno de los empleados del taller de conservación y restauración está en el ajo. Investiga en esa dirección.

—Ya le he pedido una lista al director. Precisamente, esta misma noche pienso visitar al que se hallaba abajo a la hora en que se efectuó la sustracción. Se llama Mike Vrane y reside en el ochocientos setenta de la calle Ciento Veintidós, Oeste. ¿Te suena el nombre?

—No; aunque lo consultaré con la computadora, por si acaso.

Baxter se puso en pie.

—Está bien, llámame cuanto antes. Apenas me des la respuesta, iré a ver a Vrane.

La respuesta fue negativa. No había datos del sujeto.

—Bien, entonces no nos queda sino hablar con el presunto cómplice del autor del robo —sonrió el joven.

Abandonó el cuarto de comunicaciones. Cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta.

Era Cynthia van Korn.

CAPÍTULO VI

La muchacha parecía un tanto avergonzada.

—Dispénseme… No he tenido noticias suyas en todo el día y me sentía impaciente…

—Precisamente ahora estoy en condiciones de obtener esas noticias —respondió Baxter.

—¡Ah, no las tiene aún!

—No, pero quizá las consiga de un tipo a quien, razonablemente, cabe considerar como sospechoso.

—¿Quién es? —preguntó ella, con vehemencia.

—Se llama Mike Vrane y es empleado del museo.

—¿Puedo ir con usted?

Baxter dudó un segundo.

Cynthia aparecía llena de atractivos. No era demasiado alta, aunque tampoco hubiera parecido pequeña, ni siquiera sin tacones. El pelo, cuidadosamente peinado, el rostro delicado, de un óvalo perfecto, con la piel que parecía de porcelana, y el vestido que se amoldaba exactamente a las formas de su esbelto cuerpo, le conferían un encanto que Baxter había visto en pocas mujeres.

—Muy bien, vamos allá —accedió.

Minutos después, estaban en la calle. Tim Koye, perfectamente uniformado, abrió la puerta del «Cadillac».

—No cabe la menor duda —dijo Cynthia, después de que el automóvil se hubiera puesto en marcha—; si a todos sus clientes les presenta minutas tan elevadas, es evidente que debe ganar mucho dinero.

—Me gusta vivir bien —respondió él, placenteramente.

—¿Ha perdido muchos casos?

—No quiero pecar de orgulloso, pero le diré que jamás he fracasado. No obstante, debe saber, también, que no acepto todos los casos…; en realidad, lo que hago es acudir a la víctima cuando

el asunto puede interesarme.

—He mirado en la guía, telefónica y profesional. Usted no aparece como detective privado.

—Debe saber una cosa: soy detective privado secreto.

Cynthia parpadeó, asombrada.

—No entiendo —dijo.

—Usted conoce ya mi profesión, aunque confío que, como hacen otros clientes, no lo divulgará. Nadie sabe que soy detective privado por la sencilla razón de que no me anuncio ni tengo oficina abierta en este sentido.

—Entonces, se podría decir que es detective privado secreto y aficionado.

Baxter se echó a reír.

—Suprima lo de aficionado, por favor —pidió—. Este caso me va a reportar cien mil dólares, señorita Van Korn.

—Sí, tiene razón —convino la muchacha—. Dígame, ¿cree que Vrane tiene que ver algo en el robo?

—Cynthia, una cosa es cierta: nadie pudo pasar el círculo de cordones rojos, alargar la mano y echarse el diamante a un bolsillo, de la misma forma que lo haría con cualquier guijarro en la orilla de un río. El ladrón, forzosamente, tuvo cómplices. Luego le explicaré qué es lo que hizo uno de los cómplices, posiblemente Vrane, pero antes quiero que me diga una cosa.

—Sí, Budd.

—Preparar el robo no fue cosa de un día. Pero alguien tenía que saber que se iba a exponer la joya.

—¡Oh, claro!; el propio señor Creeley lo anunció hace ya un mes y dijo que la exhibición daría comienzo a mi vuelta de Europa, en donde yo estaba haciendo un viaje de vacaciones.

«Vacaciones y no trabaja», suspiró Baxter.

—Es decir, Creeley lo comunicó a la prensa.

—Sí, hacía tiempo ya que tenía planeada esta exhibición, pero le faltaba el plato fuerte. Por esa razón la demoró hasta mi regreso. Pobre hombre; hoy he vuelto a hablar con él y tiene los nervios deshechos.

—Se comprende —sonrió Baxter—. Yo también estaría hecho polvo si me hubiesen robado una joya que no tiene precio. Y ahora, si no le importa, voy a explicarle cómo creo que la robaron.

Baxter habló durante unos minutos. Al terminar, Cynthia exclamó:

—Ingeniosísimo. A mí no se me hubiera ocurrido nunca.

—Porque usted es la dueña y no necesitaba robar la joya —rió él —. La caída del collar de zafiros, provocada con toda deliberación, sirvió para que alguien, desde abajo, hiciera descender el disco que sostenía el diamante y colocara otro en su lugar.

—Las cámaras de televisión no registraron nada de eso. La gente pudo abandonar el lugar donde estaba el diamante, pero las cámaras continuaban funcionando.

—Muy cierto, pero ese cambio duró entre quince y veinte segundos, tiempo más que suficiente para que el cómplice realizase la operación. Es más, pienso, incluso, que se había entrenado, a fin de evitar fallos en el momento crítico.

Cynthia hizo un gesto de asentimiento.

—Así se llevaron, el diamante y ahora está en…

—En el lugar donde sólo un sibarita puede contemplarlo él solo, exclusivamente, para la satisfacción de su absorbente egoísmo que le lleva a desear que nadie, sino él, pueda contemplar el diamante a partir de ahora —contestó Baxter.

Callaron unos momentos. De pronto, Baxter tomó el micrófono interior.

—Tim, déjanos a dos manzanas del lugar de destino. No quiero que la gente de la vecindad se fije demasiado en mi coche.

—Bien, señor.

Minutos más tarde, Koye se arrimaba a la acera. Saltó del vehículo y, con la gorra en la mano, mantuvo abierta la portezuela, hasta que la muchacha se hubo apeado.

—¿Debo esperarle, señor? —Consultó.

—Por supuesto. Vamos, Cynthia.

Baxter se apoderó del brazo de la muchacha. Con paso natural, caminaron un par de cientos de metros, hasta llegar a la casa donde vivía el sospechoso. En el vestíbulo de entrada, Baxter localizó el piso de Vrane.

Momentos después, salían del ascensor. Baxter buscó una puerta en la que se apreciaba el nombre de su ocupante. Tocó el timbre, pero no contestó nadie.

—Habrá salido —dijo Cynthia.

Baxter consultó la hora.

—Es posible, aunque tengo entendido que es hombre que suele retirarse pronto. Volveré a llamar…

Al joven le extrañó el silencio que se percibía. De pronto, hizo girar el pomo.

La puerta no estaba cerrada con llave. Empujó un poco. En la casa reinaba un silencio absoluto.

El bien entrenado olfato de Baxter descubrió, de pronto, un olor poco habitual, aunque su escasa intensidad le dijo que ya se había originado al menos una hora antes. Por encima del hombro, musitó:

—Me parece que hemos llegado tarde.

—¿Cómo, se ha marchado?

—Para siempre…, pero no grite, por favor.

Cynthia se puso una mano en la boca. Baxter avanzó unos cuantos pasos. Al llegar a la puerta del dormitorio, la empujó, hasta abrirla por completo. Entonces tuvo la confirmación de sus sospechas.

Mike Vrane ya no diría a nadie quién le había contratado para realizar los trabajos que habían culminado en el robo del diamante cúbico. El agujerito, ya negruzco, que tenía en el centro de la frente, indicaba con toda claridad cuál había sido el fin del sujeto.

Nadie, en la vecindad, parecía haberse apercibido del asesinato.

—Posiblemente han usado silenciador —murmuró.

—¿Le… le han pegado un tiro? —preguntó Cynthia con voz temblorosa.

—En medio de la frente. Y como todo está en orden, no merece la pena registrar la casa. El hombre que hizo el disparo era, indudablemente, conocido de Vrane.

—Me… me tiemblan las piernas…

—Será mejor que nos marchemos. Ya avisaré luego a la policía. Aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo Baxter, claramente decepcionado.

* * *

Lady Margaret Shaytan miró fríamente al hombre que tenía frente a sí.

—Usted me ha engañado, señor Bennet.

—Señora, yo le entregué…

—Usted me entregó un pedazo de vidrio.

—Señora, yo le juro…

Margaret estaba sentada en un elegante butacón de mimbre, de estilo oriental. Junto a ella tenía una mesa, en la que se veía un bulto cubierto por un paño negro.

—Bobo, descubre eso —ordenó.

—Sí, señora.

Un cubo de cristal quedó a la vista. Bennet exclamó:

—¡Es el mismo que yo robé!

—No, señor —contradijo Margaret, sin abandonar su expresión de frialdad—. Eso que está viendo es cristal común y corriente…, el mismo, justamente, que yo le entregué a usted, para que hiciera el cambio. Pero en lugar de entregarme el diamante auténtico, me entregó ese pedazo de cristal, que sólo sirve como pisapapeles.

La frente de Bennet estaba inundada de sudor.

—Le juro que yo actué tal como usted me lo ordenó. Bajé las pinzas, cogí el diamante y luego puse el cubo de vidrio en su sitio. Eso es imposible, señora; le aseguro que no la he traicionado…

Margaret se puso en pie.

—Bobo, Chwan, lleven a este hombre a la habitación reservada… a los huéspedes —ordenó—. No tengo prisa ni quiero que me molesten para nada, hasta que yo les llame. Si por una causa urgente tuvieran necesidad de salir, usen la otra puerta. Voy a recibir una visita y quiero estar a solas con mi invitado.

—Sí, señora.

De pronto, Bennet se sintió izado a pulso por dos poderosas manos que le hacían sentirse como un niño.

—¡Le entregué el diamante auténtico! —gritó, sollozando de pavor.

Pero ella no hizo el menor caso. Insertó un cigarrillo en su larga boquilla y ya se disponía a encenderlo, cuando un hombre entró en la sala.

—*Milady*, ya he averiguado a quién pertenece la casa adónde se dirigía la señorita Van Korn —dijo, a la vez que acercaba la llama de su encendedor al cigarrillo.

—Muy interesante, Tom. Sigue.

Tom Wu añadió algunas palabras. Margaret hizo un gesto de asentimiento.

—Esperemos, primero, los informes que debe damos el señor Bennet. Está en la habitación de los huéspedes, con Chwan y Bobo. Únete a ellos, y colabora en lo que sea preciso. Procura usar tus artes más refinadas y, de todos modos, no vuelvas a verme hasta mañana.

—Sí, señora.

Wu se marchó. Mientras fumaba, Margaret entornó los ojos. ¿Era posible que dos personas hubieran tenido la misma idea?

De pronto, soltó una carcajada.

«Muchísimas personas habrán tenido esa idea, sólo que dos la hemos llevado a la práctica. Y ha ganado el que llegó primero…, lo que no significa que haya alcanzado ya la meta final».

De pronto, llamaron a la puerta.

Margaret dejó el cigarrillo sobre un cenicero y cruzó el salón. Abrió, y dirigió a su visitante una cálida sonrisa.

—Es usted puntual, amigo mío —dijo.

Baxter se inclinó y besó la mano que le tendían.

—En espera de llegar, muy pronto, más lejos —contestó.

—Es usted terriblemente directo. ¿Le gusta atacar frontalmente?

—Cuando se trata de una mujer hermosa, no suelo emplear rodeos ni realizo ataques de flanco.

—Pero eso le proporcionará numerosos fracasos. La defensa contra un ataque frontal siempre es muy sólida, según los estrategas.

—Esta clase de ataques proporcionan menos fracasos de lo que se pudiera creer. En todo caso, siempre se puede realizar una ligera retirada, para volver a la carga cuando el enemigo menos lo espera.

—¡Ah! Usted, si fracasara conmigo, me consideraría como enemigo.

—Un enemigo que, en todo caso, me derrotaría, aunque yo triunfase en el ataque.

Margaret lanzó una suave risita.

—Será mejor que tomemos una copa —propuso—. ¡Ah!, la cena será fría, si no tiene inconveniente.

—Como tengo un hambre de lobo, ¿qué inconveniente puedo poner al menú?

—Usted encuentra respuesta para todo, señor Baxter…

—Budd, por favor.

—Los muy íntimos me llaman Margot, Budd.

Ella le precedía, mientras cruzaban las últimas frases. Baxter contempló la atractiva silueta de la dama, alta, vestida con un sofisticado traje, cuyo escote posterior llegaba hasta un palmo más abajo de la cintura. No cabía la menor duda, pensó, que *lady* Margaret Shaytan era mujer que sabía realzar sus numerosos encantos físicos. Pero hasta con un saco con tres agujeros, uno para la cabeza y dos para los brazos, hubiera estado igualmente atractiva.

De repente, cuando ya estaban en el salón, se detuvo en seco.

Parpadeó, asombrado, dudando del buen estado de su vista.

Porque allí, sobre una mesa, estaba el diamante robado.

CAPÍTULO VII

—Veo que todavía no se ha recobrado de su asombro —dijo Margaret, una hora más tarde, después de la cena.

Los ojos de Baxter fueron hacia el cubo de cristal, que continuaba en el mismo sitio.

—Debo confesar que tiene toda la razón —repuso—. Sinceramente, nunca pude imaginarme que esta noche iba a cenar en compañía de la ladrona.

—Está equivocado, amigo mío. No soy la ladrona y, créame, lamento muy de veras que otro se me haya adelantado. Pero, en cambio, sí debo admitir que pensaba robar ese famoso diamante.

—¿Cómo? ¿No es…?

Margaret se puso en pie y caminó hacia la mesa. El paño negro había quedado a un lado. Lo levantó y tomó el martillo que había quedado debajo. El cubo de cristal se hizo pedazos, instantáneamente.

—¡No lo haga! —gritó Baxter.

Pero ya era tarde.

Margaret se volvió hacia él.

—Ya no me sirve —contestó—. Hace algún tiempo, encargué que me hicieran una perfecta reproducción del diamante cúbico. Lo malo es que otro tuvo la misma idea.

—¿Quién?

—¡Ah! ¿Cree que no me gustaría saberlo? ¿Y a usted, Budd?

—Francamente, no siento el menor interés por las joyas.

—Sin embargo, estuvo en el museo, el día en que se inauguraba la exhibición.

Baxter se echó a reír.

—¿Sabe usted de qué se nutren principalmente las visitas a los museos y los auditorios de las conferencias? De las personas que no tienen nada que hacer y se encuentran, de repente, con que su

paseo se ve estropeado por la lluvia. Aquel día lloviznaba un poco y yo decidí refugiarme en el museo, eso es todo.

—Me deja usted pasmada. Yo creí…

—Lamento decepcionarla, pero ésa es la verdad. No obstante, podemos seguir hablando del asunto. Usted tiene cierto interés en el diamante, me parece.

—¿Cierto interés? ¡Es lo que más deseo en este mundo! Budd, pagaría algo muy valioso por conseguirlo.

—¿Por ejemplo?

Ella se le acercó, ondulando insinuantemente.

—¿Me ayudaría, si yo se lo pidiera?

—Depende del precio. Aunque, ¿cómo sabe que yo puedo ayudarla?

—Usted me defendió de dos ladrones que querían robarme. Un hombre valeroso y que actúa en la forma en que usted lo hizo, debe ser también inteligente. La recompensa sería muy alta, créame.

Baxter fingió meditar la proposición. Estaba metido de lleno en un juego en el que la fuerza física apenas si contaba. Margaret sabía algo de él, no cabía la menor duda. Y era lo suficientemente audaz como para contarle sus proyectos.

Pero la piedra auténtica había sido robada y ella la quería. ¿Por qué no tomar parte en el juego?, se dijo.

—Veamos, cite una cifra —pidió.

Margaret se le acercó más todavía.

—¿Es capaz de pensar sólo en sentido monetario? ¿No hay otras cosas mucho más valiosas?

Baxter sonrió. El escote del vestido tapaba muy poca cosa. Y ella era una mujer de gran atractivo físico.

—Hay otras cosas que valen más que el dinero, en efecto —convino, mientras pasaba sus brazos en tomo a la delgada cintura de la dama.

Margaret no retrocedió, cuando él buscó sus labios.

Mucho más tarde, Baxter levantó repentinamente la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? Me ha parecido oír un grito en alguna parte…

Ella, tendida lánguidamente a su lado, alargó los brazos para atraerle nuevamente hacia sí.

—Querido, no hay nadie en la casa. Estamos solos, tú y yo.

Piensa en eso, es lo más importante.

La estancia se hallaba sumida en una suave penumbra. Baxter contempló la blancura del hermoso cuerpo que tenía a su lado y se inclinó de nuevo.

—Sí, estamos solos, muy solos… —murmuró, apasionadamente.

Por la mañana, cuando su huésped hubo abandonado la casa, Margaret, cubierta con una bata larga, cerrada de cuello y mangas, subió al piso superior y tocó en una puerta con los nudillos.

Bobo abrió de inmediato.

—Malas noticias, señora —dijo.

Ella contempló fríamente el retorcido cuerpo que yacía en el suelo completamente desnudo y con evidentes señales de tortura.

—No lo resistió —dijo.

—Durante todo el tiempo insistió en que él había cumplido su parte del trato. Pero luego, al parecer, le falló el corazón…

—Es una lástima. Bobo, habrá que deshacerse de ese cuerpo.

—Ya hemos ideado un plan, señora.

—Bien; entonces, no se hable más. Cuando hayan terminado esa operación, les daré nuevas órdenes.

—Sí, señora.

Margaret volvió a la planta inferior y se encaminó al cuarto de baño. Mientras se llenaba la bañera, se quitó la bata. Llena de orgullo, permaneció ante el espejo, contemplando la perfecta escultura de su cuerpo.

—Budd Baxter, ya eres mío —dijo, satisfecha.

* * *

—El robo se hizo en un espacio increíble de tiempo, demasiado corto a mí entender —dijo Denis Gray.

Baxter encendió un pitillo, sentado frente a la cámara de televisión que había proyectado de nuevo las imágenes correspondientes al día de la exhibición.

—Cierto —admitió—. Un plan hábilmente preparado y un entrenamiento realizado con el máximo cuidado, permitieron ejecutar el robo en un mínimo de tiempo. A pesar de todo, no acabo de ver las cosas tan claras.

—¿Por qué, Budd?

—Anoche, *lady* Margaret me enseñó un cubo de vidrio que ella

tenía preparado, según dijo, para efectuar el cambio. Pero otro se le anticipó y ella no pudo realizar el plan. Por eso me ha propuesto que la ayude a conseguir la joya.

—¡Caramba, qué cara más dura! —Se asombró Gray—. ¿No será que ella tiene ya la joya y quiso despistarte?

—En todo caso, ¿cómo sabe que yo la busco?

—*Lady* Margaret tiene una extraña servidumbre. Habita, también, en la Quinta Avenida y tiene alquilado un lujoso ático de dos plantas, lo suficientemente grande como para alojar a una compañía de soldados. Al menos son cuatro sus sirvientes, sin contar a las mujeres, pero tengo entendido que sólo emplea sirvientas eventuales. Los empleados fijos son todos hombres, y nativos de Hong Kong.

—Tal vez alguno de esos sirvientes me haya seguido.

—Es muy posible, Budd.

Baxter reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—De todos modos, quince o veinte segundos es un tiempo muy justo para hacer el cambio de la joya. Denis, aunque yo descubrí el truco, no calculé el tiempo, entonces. Voy a llamar a Cynthia van Korn, a fin de que me permitan ir de nuevo al sótano del museo.

—Es una buena idea. Mientras, yo trataré de hablar con Guy Bennet.

—¿Quién es?

—El ayudante personal de Creeley, aunque no el conservador del museo.

—Ya entiendo. ¿Qué le preguntarás, Denis?

—Bien; detalles del funcionamiento de las cámaras, de las alarmas… En fin, creo que te conviene obtener el mayor número posible de datos —dijo Gray.

—Eso sí es cierto. Gracias, Denis.

Baxter abandonó la estancia. Koye le miró inquisitivamente.

—Llama a la señorita Van Korn —dijo—. Voy a visitarla.

—Sí, señor.

* * *

Baxter llamó a la puerta y frunció el ceño al no recibir respuesta. Alarmado, abrió y penetró en el salón.

Cuando llegaba a la otra puerta, vio cruzar a Cynthia.

Silbó.

Cynthia se volvió, le vio y corrió a buscar una toalla con la que cubrir su hermoso cuerpo.

—Podía haber llamado, ¿no? —dijo, muy enfadada, con la toalla delante del cuerpo.

—He llamado y no obtuve respuesta, de modo que decidí entrar por mi cuenta. Francamente, me sentía alarmado.

—Bueno, quizá no le oí… Yo estaba en el baño… ¡Pero ese silbido! —dijo ella, colorada hasta las cejas.

—Lo siento, ha sido un impulso irresistible, aunque, ¿no cree que se lo tiene bien merecido?

Cynthia dulcificó su gesto.

—Ande, deje que me vista —contestó.

—Muy bien. Cuando haya terminado, llame al señor Creeley. Dígale que quiero ir al sótano del museo yo solo.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

Baxter ya estaba en el salón.

—Quiero hacer una prueba de tiempo —contestó, mientras se servía una pequeña dosis de *whisky*.

—¡Ah, comprendo! Budd, no le importará que le acompañe.

—Si es su gusto…

—Gracias. Oiga, ¿qué noticias tiene sobre la muerte de Vrane?

—Las que he podido conseguir de la prensa. Nadie sabe nada ni se vio a ninguna persona sospechosa subir a su casa. Esto confirma mi primera suposición, Cynthia.

—¿A qué se refiere, Budd?

—El asesino era conocido de Vrane.

—¡Oh, comprendo…! Entonces, ¿habría que investigar sobre sus amistades, no cree?

—Eso ya lo está haciendo la policía. A mí, de momento, me interesa más saber con toda exactitud cómo se llevaron la piedra.

—¿Sólo el cómo? ¿Y el quién?

—Con el *cómo* tendremos el *quién*, Cynthia.

La joven salió instantes más tarde, con el bolso y el impermeable en las manos. Su vestido era muy sencillo, de color rojo oscuro y alto de cuello. La única joya era un collar de perlas, de una sola vuelta.

Cynthia giró en redondo.

—¿Quiere subirme el cierre de la espalda? —solicitó.

—¿Qué hubiera hecho si yo no estuviese aquí?

Ella emitió una suave risita.

—Pero está aquí, Budd —contestó.

Instantes después, Baxter la ayudada a ponerse el impermeable.

—¿Cuándo se casa? —preguntó.

Cynthia le miró, sorprendida.

—No tengo novio, siquiera…

—En Europa ha estado un mes entero con un elegante sujeto, llamado Markus von Behring; Mark para los amigos. Según las revistas de sociedad, usted y Mark daban la sensación de estar a punto de convertirse en marido y mujer.

—La cosa no pasó de un pequeño romance. Mark es muy atractivo, pero, modestia aparte, yo le calé bien pronto.

—¿Cazadotes?

—Exactamente. ¿Vamos?

—Sí. Cynthia, admiro su ojo clínico.

—Gracias, Budd.

—Espero que esa sagacidad le sirva algún día para poder elegir con todo acierto.

—Yo también lo espero así. ¡Ah, me olvidaba! Creeley nos aguarda a la entrada del museo, pero no podrá acompañamos. Tiene no sé qué compromiso… Estaremos solos, ¿sabe? El museo, después del robo, permanece cerrado para el público. Creeley ha dicho que resultará mejor para nuestras investigaciones.

—¿Nuestras? —Sonrió él.

—Soy la dueña de la joya, me parece. Aunque ahora —suspiró Cynthia profundamente— está en poder de otra persona.

Baxter le dio un par de palmaditas en la mano.

—Ya la encontraremos —aseguró.

CAPÍTULO VIII

En el museo reinaba un silencio absoluto.

—Parece un panteón —murmuró la joven, impresionada a su pesar.

Baxter asintió. Atravesaron el vestíbulo y se dirigieron a la escalera que conducía al sótano.

La luz ya estaba encendida. Baxter se encaminó directamente al lugar donde se hallaba el trozo de techo que había sido sustituido.

—Cynthia, voy a darle mi reloj. Usted cronometrará el tiempo, a partir del momento en que se lo indique, ¿estamos?

La joven no contestó. Extrañado, Baxter se volvió hacia ella.

—¿No me ha oído?

De repente, vio el miedo en los ojos de la joven. Cynthia veía algo a sus espaldas.

Súbitamente, giró en redondo, justo a tiempo de evitar el feroz ataque que le dirigía un sujeto de enorme corpulencia. El desconocido cargó, con la cabeza gacha, pero, al mismo tiempo, alargando las manos, a fin de hacer presa en el cuello del atacado.

Helada de horror, Cynthia lo vio todo como bajo el influjo de una pesadilla. Baxter dio un ligero salto hacia atrás, al mismo tiempo que se dejaba caer de espaldas. Cuando ya se desplomaba, juntó los antebrazos sobre el rostro, dejando los codos adelantados.

Baxter tocó el suelo con las espaldas, una fracción de segundo antes de que el desconocido cayera sobre él. De repente, Cynthia oyó un aullido desgarrador.

El impulso tomado era demasiado fuerte para rectificar. El atacante cayó sobre Baxter, pero no pudo proteger sus ojos, que chocaron directamente con los codos de su presunta víctima.

Baxter empujó al sujeto a un lado y se puso en pie agilísimamente. El otro, sin embargo, y a pesar de que estaba cegado, se incorporó también. Baxter intentó atacarle por un flanco,

pero entonces cometió una imprudencia.

El colosal individuo hizo presa en el brazo de Baxter, quien, de repente, se encontró con que la pierna de su adversario le golpeaba el tobillo, privándole de sustentación. Baxter maldijo entre dientes: aquel descuido podía cortarle caro.

Y no se trataba de un juego, como cuando se entrenaba con su criado. El Okuri-ashi-barai, o lanzamiento de tobillo, había sido certera y contundentemente aplicado. Cuando quiso darse cuenta, Baxter ya estaba nuevamente de espaldas en el suelo.

El otro no parecía preocuparse de su ceguera temporal. Se elevó en el aire un metro y luego se dejó caer con toda la potencia de su peso, horizontalmente, al objeto de aplastar a su adversario. Pero ya sólo encontró el cemento del suelo.

Baxter estaba a un lado, de rodillas. Cuando el sujeto se incorporaba, le aplicó el Kate-hiji-ate, golpe con un solo codo, abajo arriba. El impacto se produjo bajo la mandíbula, pero Baxter había empleado el brazo izquierdo, lo que le dejó libre el derecho, para aplicar con el filo de la mano, en semicírculo horizontal, el Haito-uchi. La mano, dura como el hierro alcanzó la sien izquierda del sujeto.

Cynthia oyó un horrible chasquido de huesos. Durante unos interminables segundos, el sujeto se mantuvo de rodillas, con el cuerpo sacudido por ligerísimos espasmos. Luego, de pronto, se inclinó a un costado y se quedó quieto.

Baxter se levantó de un salto.

—Era un buen luchador. Consiguió sorprenderme y estuvo a punto de derrotarme —dijo.

—¿Qué pasa aquí? —murmuró ella, terriblemente acongojada—. ¿Por qué tantos crímenes?

Baxter le dirigió una penetrante mirada.

—¿No es capaz de imaginárselo? —contestó—. ¿Cree que lo que le robaron valía sólo un puñado de centavos?

Cynthia se quedó cortada. Baxter se inclinó y agarró al sujeto por los tobillos, arrastrándolo hasta dejarlo al otro lado de unos grandes cajones de madera. Luego, maquinalmente, se limpió el polvo de las ropas.

—Vamos —dijo—; hemos venido aquí a trabajar.

—Pero… el cadáver…

—Ya se lo llevará alguien, no se preocupe.

—Pueden encontrarlo.

—Y lo encontrarán, pero entonces ese alguien, por propia conveniencia, dirá que se trataba de un ladrón y que debió sufrir alguna caída o cosa por el estilo. Repito que no debe preocuparse por él.

Baxter le volvió la espalda. Buscó una escalera de tijera y la colocó directamente bajo el punto donde se hallaba el pedestal en donde había sido expuesta la joya. Luego miró a su alrededor, hasta encontrar un pesado cenicero de vidrio corriente.

—Venga aquí —llamó.

Cynthia acudió, todavía muy pálida. Baxter le entregó el cronómetro.

—Cuando yo le diga «ahora», ponga en marcha el cronógrafo. Párelo cuando diga, simplemente, «ya». ¿Ha comprendido?

Ella hizo un leve gesto de asentimiento. Baxter tomó el cenicero y lo dejó sobre la pequeña repisa de la escalera: Situado en el penúltimo escalón, miró un instante el techo y luego dijo:

—¡Ahora!

Baxter alzó las manos, *hizo* una ligera presión y el disco cedió hacia abajo. Con la mano izquierda asió la varilla metálica y tiró de ella. Al quedar a la vista, puso encima el cenicero y volvió a hacer subir el disco superior.

—¡Ya!

Cynthia consultó el cronómetro.

—Dieciocho segundos —dijo—. Pero todavía no ha tapado el techo…

Baxter tiraba nuevamente de la varilla, a fin de retirar el cenicero.

—Eso no era fundamental. Lo interesante era que el cambio se realizase con la mayor rapidez posible. Después de ejecutada la operación, Vrane pudo colocar el disco del techo con toda tranquilidad.

—Y entregó la piedra a…

—Probablemente, el destinatario estaba aquí.

—No se fiaba de Vrane.

—Es muy posible, aunque también opino que quisiera tener la joya cuanto antes.

—Si fue *lady* Margaret Shaytan, como usted sospecha, ya que ella cegó las cámaras con los reflejos de su vestido y de su bolso, no pudo estar aquí, ya que se hallaba en la sala.

—Muy cierto. Pero sin duda, el hombre que estaba con Vrane era hombre de toda confianza de *lady* Margaret.

—La vi el día de la exhibición. Con aquel traje, parecía una serpiente.

—Muy atractiva, por cierto —sonrió Baxter.

—Entonces, ¿fue ella?

Baxter decidió poner boca arriba una buena parte de sus cartas.

—Fue ella, pero no se llevó el diamante legítimo. El que se exhibía aquí ya era una copia. Alguien actuó antes que *lady* Margaret.

Cynthia se puso una mano en la boca.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió.

—Anoche tuve el honor de ser su invitado. Pero será mejor que hablemos por el camino. Es hora de que nos vayamos.

De pronto, Cynthia recordó algo.

—El cadáver…

—Deje de preocuparse por él. Era un sicario, un asesino pagado. Esa clase de hombres ya saben qué puede costarles un fracaso.

—Pero usted lo ha matado, Budd.

—¿No tenía derecho a defender mi vida, y tal vez la de usted también?

Cynthia comprendió la lógica del argumento. Cuando salían, Baxter le hizo una recomendación:

—Si habla con Creeley, no le diga nada del asesino. Y si le preguntan, sea quien sea, responda que ignora todo sobre ese particular.

—Tendré que admitir que he estado en el sótano…

—Cuando estuvimos no vimos ningún cadáver; ésa será su respuesta en cualquier circunstancia.

—Está bien.

Subieron al coche, que arrancó de inmediato. A los pocos momentos, Cynthia hizo una pregunta:

—¿Qué tal la cena, Budd?

—Exquisita, Cynthia.

—Apostaría algo a que hubo más que champaña a la luz de las

velas —dijo la joven, maliciosamente.

—Querida, la discreción, no sólo por el oficio, sino por mis propios principios, es la virtud que practico con más asiduidad. Calla tú y los demás callarán.

—Eso parece un proverbio oriental.

—Lo es.

—¿Cómo se llama el autor? Me resulta desconocido…

—G. W. Baxter.

Cynthia volvió la cabeza y le miró durante unos instantes. Luego, comprendiendo, se echó a reír.

—Celebro su discreción —murmuró.

* * *

—*Lady* Margaret se llevó la piedra; mejor dicho, uno de sus ayudantes. Pero lo que se llevó fue una imitación. ¿Quién tiene la auténtica, Denis?

Koye entró en el cuarto de comunicaciones, con una bandeja en la mano. Llenó una taza, puso azúcar, lo removió y se lo entregó a Baxter.

En la pantalla, Gray se rascó la mejilla con el pulgar.

—Parece que habíamos dejado descartado a Mulliner, el caprichoso —dijo—. También aparece en la cinta de video y, por tu cliente, sabes el interés que tenía en la joya.

—Podía haber ocurrido que Mulliner se hubiese llevado ya la joya y dejado a *lady* Margaret con un palmo de narices.

—No necesita la cirugía estética —rió Gray—. Pero, salvo el momento en que las cámaras quedaron cegadas, no hay otro instante en que se pueda realizar la sustitución.

—Lo cronometré, y resultó que costaba dieciocho segundos. *Lady* Margaret se llevó una imitación, es cierto; pero ¿quién tiene la joya auténtica?

—Te daré un consejo: investiga en la dirección de Mulliner.

—Sí, tendré que hacerlo. De todos modos, Denis, me gustaría ver la película nuevamente.

Gray hizo un gesto de resignación.

—Son cinco horas largas, Budd —dijo.

—No tengo ninguna prisa; no tengo nada que hacer. Ponía en automático y… ¿cuántas horas has dicho?

—Cinco. La exhibición se abrió a las dos y se cerró a las siete, dado que era el primer día, y acudieron algunos personajes y autoridades de relieve. A partir del siguiente día, el horario de visitas sería el normal en cualquier museo.

—Ya comprendo. Bien, me resignaré a pasar cinco horas frente a la pantalla.

Baxter consultó su reloj. Eran las cinco de la tarde. Estaría anclado hasta las diez.

—Tim, más café, por favor —llamó.

—Al momento, señor.

Segundos después, se vio en la pantalla la primera imagen, Cynthia, acompañada del director y de algunos invitados de relieve, entraba en la sala de exhibiciones, portadora de la caja que contenía el diamante. Baxter sabía que la inauguración se había efectuado con toda puntualidad, de modo que fijó la hora en su reloj.

Conocía, también, la hora exacta del incidente del collar caído. No sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que la medición del tiempo podía resultar un factor decisivo para la solución del enigma.

Una hora y media después de comenzada la proyección, apareció Mulliner en la pantalla.

La animación del público había decaído notablemente. Baxter sabía muy bien que la mayor aglomeración de espectadores se había producido alrededor de la hora en que fue robada la joya.

Mulliner llegó y se detuvo frente al pedestal. Era un sujeto alto, robusto, con algunas entradas en las sienes, torso poderoso y rostro sanguíneo. Junto a Mulliner aparecía una espectacular rubia, con una gran estola de visón. Baxter se sintió tentado de llamar a Gray, pero sabía que la oficina había cerrado ya.

Sería cosa de hablar con la rubia, sin duda. Gray tendría algún dato en sus archivos.

Mulliner parecía fascinado, contemplando la joya. Sin embargo Baxter le vio, una vez, mirando a lo alto.

El hecho le intrigó considerablemente. De pronto, la rubia se separó de Mulliner y desapareció de la pantalla. En aquellos instantes, era Mulliner el único visitante.

Mulliner sacó un cigarrillo y se lo puso en una boquilla, junto a

uno de los dos guardias que contemplaban la escena. Bruscamente, Mulliner, sin haber dado un solo paso, surgió al lado del otro vigilante. Pero la siguiente secuencia mostró a Mulliner ya de espaldas, abandonando la sala. Baxter pudo ver todavía un fragmento de la estola de visón.

Chasqueó los dedos. Ya había resuelto el enigma, al menos en parte.

* * *

—La rubia es Iris Bannister —informó Gray—. Diciéndolo con palabras suaves, una cortesana de altos vuelos.

—¿Por qué tuvo que acompañar a Mulliner? —preguntó Baxter, a la mañana siguiente.

—Mulliner se casó hace veinte años, se divorció dos más tarde y no ha vuelto a reincidir. Pero de cuando en cuando toma una «compañera» de lujo. La tiene a su lado una temporada y luego la despide, con una sustanciosa gratificación, eso es todo.

—Entonces, debemos desechar a Iris Bannister.

—Eso creo yo. No parece mujer a quien un tipo como Mulliner confíe cierta clase de secretos. Posiblemente haya visto u oído algo anormal, pero nada, que no sepas tú ya a estas horas.

—Bien, en tal caso nos queda Bennet, el ayudante que montó las alarmas y se ocupaba del funcionamiento de la televisión.

—No tengo datos de él; ya se me ocurrió consultar los archivos. Tendrás que preguntárselo al propio Creeley.

—Se lo diré a Cynthia van Korn. Gracias, Denis.

Baxter apagó la pantalla y encendió un cigarrillo con aire pensativo. Dos personas habían tenido la misma idea. Ambas habían preparado sendas copias del diamante cúbico. Pero sólo una de las dos había conseguido triunfar.

El ardid ideado por Mulliner era ingenioso, pero más directo que el empleado por Margaret. La viuda de *sir* Alexander Shaytan había empleado un método mucho más refinado… Total para llevarse un cubo de cristal, análogo al que ella se había hecho fabricar.

—¿Y por qué no me hago yo mi propio cubo? —se preguntó Baxter.

CAPÍTULO IX

La mujer que abrió la puerta tenía unos cuarenta años y en su rostro, ya un tanto ajado, se veían huellas de lágrimas.

—Señora Bennet —dijo Baxter, quitándose cortésmente el sombrero.

—Estoy cansada de repetir lo mismo —contestó ella—. Mi marido salió anteayer por la tarde. Dijo que iba a reunirse con unos amigos. No ha vuelto ni sé dónde está. ¿Qué más quiere que le diga?

Baxter se quedó con la boca abierta.

—No está…

—Ha desaparecido. Por favor, déjeme en paz… Temo lo peor…

—Señora, le ruego excuse mi insistencia, pero sus declaraciones son de gran importancia para mi cliente. No soy policía ni periodista y nada de lo que me diga será divulgado. Lamento profundamente la desaparición de su esposo, pero necesito con gran urgencia que me facilite cuantos detalles conozca de los últimos días que estuvo a su lado.

Binnie Bennet se echó a un lado.

—Pase usted, señor…

—Baxter. Mil gracias, señora.

La esposa del ayudante de Creeley contestó puntualmente a todas las preguntas que le formuló su visitante. Baxter se compadeció íntimamente de aquella mujer. Bennet, pensó, se había dejado sobornar, ignorante de que su complacencia le iba a costar la vida.

Porque tenía la seguridad de que estaba muerto.

Media hora más tarde, abandonó la casa. Cuando llegó a la suya, encontró una nota de Tim, que tenía su tarde libre:

«Llamar inmediatamente a centro de información».

Baxter hizo descorrer la pared y entró en el cuarto de

comunicaciones. Apenas había tocado la tecla de contacto, oyó que sonaba el timbre de la puerta.

El rostro de Gray apareció en la pantalla.

—Aguarda un momento, Denis; están llamando —dijo el joven —. Vuelvo en seguida, no te retires, por favor.

—Está bien.

Baxter abandonó el cuarto, cruzó el salón y llegó a la puerta. En el umbral se recortaba la graciosa figura de Cynthia.

—Perdone un momento —dijo él—. Entre y sírvase algo de beber, a su gusto.

Cynthia se quedó parada un instante, aunque reacciono muy pronto. Siguió a Baxter y le vio entrar en una habitación que le pareció muy apropiada para el
siglo XXI
.

—Bennet ha sido hallado en el fondo del río, dentro de un cajón —dijo Gray—. El examen médico demuestra que fue sometido a una bárbara tortura. Eso es todo, Budd.

—Así se comprende la desaparición de Bennet… ¿Has dicho torturado, Denis?

—Sí. Debieron de hacerle cosas espantosas.

Baxter frunció el ceño.

—Aquel grito que me pareció escuchar en sueños…

«Querido, no hay nadie en la casa. Estamos tú y yo solos…», había dicho Margaret.

—¿Qué estás diciendo, Budd? —preguntó Gray.

—Nada, no te preocupes. Gracias por todo, Denis.

Sólo entonces Baxter recordó que tenía un huésped en casa y se volvió en su sillón giratorio.

—Fantástico —dijo Cynthia—. Parece que estemos en el año dos mil.

—¿Por qué? Habiendo televisión…

—Pero usted se comunica por medio de una emisora y no por videófonos, como se ensaya en algunas partes.

—Bueno, no es difícil obtener permiso para una emisora privada. Arriba están las antenas para imagen y sonido, eso es todo.

—¿Quién era su comunicante?

—Digamos que el director de mi oficina de información.

—¡Ah!, tiene una oficina de información.

—Cynthia, cuando actúo, no siempre empleo los impulsos del corazón.

—Salvo cuando se trata de mujeres hermosas.

—Ése es un asunto que me niego a tratar aquí y ahora. ¿Qué le ha traído por mi casa?

Cynthia hizo un gesto ambiguo.

—Deseos de conseguir información —respondió.

Baxter sonrió. Abandonó el sillón, salió del cuarto y pulsó el botón que volvía la pared a su posición primitiva.

—Le serviré una copa, pero lamento decepcionarla —dijo.

—Ha fracasado —exclamó ella vivamente.

—¡Oh!, no es eso… Simplemente, tengo que salir.

—¿Para seguir investigando?

—Lo que ha visto vale mucho dinero. En mi oficina tengo empleadas una docena de personas. —Baxter llenó dos copas—. Así le será más fácil comprender la elevada cifra de mis honorarios.

—Sí, eso lo explica todo… salvo un posible fracaso.

—No habrá fracaso, Cynthia. Salud —Baxter alzó la copa—. Lamento de veras no poder quedarme más rato.

Ella parecía un tanto decepcionada.

—Otro día.

—Seguro.

Cynthia se marchó. Baxter meneó la cabeza y se encaminó al dormitorio, a fin de vestirse adecuadamente.

Momentos después, Cynthia salía a la calle. Un hombre se le acercó y la saludó con gran cortesía.

—Usted es la señorita Van Korn —dijo.

—Sí. —Ella miró recelosamente al individuo—. ¿Quién es usted?

—Mire hacia ese automóvil. El señor Mulliner quiere hablarle de un asunto muy importante.

—Pierde el tiempo…

—Por favor —rogó el sujeto. Pero su acento había cambiado de súbito y se había hecho duro, a la vez que su mano se apoderaba del codo de la muchacha, para empujarla hacia el automóvil, en cuyo asiento posterior se hallaba el millonario caprichoso.

Mulliner tenía la vista fija al frente. Ni siquiera la miró cuando ella se sentó a su lado.

—¿Puede explicarme…?

—Más tarde —contestó Mulliner, secamente—. En un principio, debe saber que no pienso causarle el menor daño. Sólo deseo que me aclare algunas dudas que tengo sobre su famoso diamante cúbico.

—¡Me lo robaron, usted lo sabe! —exclamó ella.

Mulliner rió de un modo especial.

—Por desgracia, lo sé demasiado bien —dijo.

* * *

La mano de Baxter se apoderó de un dulce que había en la bandeja.

—Ehxquihsihto… —dijo con la boca llena.

—¡Oiga, deje esos dulces! —protestó el dueño de la confitería—. ¿Es que se ha creído que esto es una tienda para chicos?

Impasible, Baxter cogió el segundo pastelito.

—Bruno, es usted un artista de la confitería —dijo, a la vez que se volvía hacia el individuo.

Lotari se esponjó.

—El oficio me gusta —dijo—. Soy honrado y no pongo en mis productos otra cosa que sustancias enteramente naturales. Detesto la química, ¿comprende?

—Sí, lo sé de sobra. Y precisamente por eso mismo he venido a verle. Necesito hacerle un encargo.

—¿Alguna tarta? ¿Un pastel de cumpleaños? ¿De boda?

—No, Bruno. Siento desilusionarle, pero no es la época de mi cumpleaños ni voy a casarme. Lo que quiero pedirle es algo muy distinto, pero, por lo mismo, sé que es usted el único en Nueva York que podrá conseguirlo.

Lotari parpadeó.

—Bien, hable, señor Baxter —invitó.

El joven expuso sus deseos. Cuando terminó, Lotari se quedó un tanto pensativo.

—Puede hacerse, pero…

—¿Sí, Bruno?

—Tendré que ensayar previamente… Eso puede llevarme horas…

—Bruno, le pagaré lo que sea, pero lo necesito para mañana sin

falta.

Un cuarto de hora más tarde, llamaba a la puerta de la casa de Margaret Shaytan.

* * *

—Pensé que te habrías muerto —dijo ella, mientras le servía una copa.

—He tenido trabajo —dijo Baxter, displicente.

—¿Con éxito?

—No. Aunque tengo una sospecha…

—¿Quién?

—¿Has oído hablar de Brookson Mulliner, el millonario caprichoso?

—Sí, algo me suena… ¿Quieres decir que ese hombre…?

—No puedo confirmarte nada, pero todos los indicios convergen sobre él. Dame un poco más de tiempo y podré ofrecerte mayor información.

—Pero tú crees que Mulliner tiene la piedra.

Baxter hizo un gesto con las manos.

—Digamos que hay un elevado tanto por ciento en su favor —contestó—. He examinado la grabación de las cámaras de televisión obtenida el día de la exhibición. Mulliner sobornó a alguien para que detuviera el funcionamiento de las cámaras y desconectara las alarmas durante unos segundos, los suficientes para apoderarse de la joya.

Los ojos de Margaret expresaron admiración.

—Un tipo listo —comento.

—Indudablemente. Pero, como digo, falta la confirmación.

—¿Cuándo piensas intentarlo?

—Hoy mismo, claro.

Ella sonrió dulcemente.

—Sabiendo que, en un elevado grado de posibilidades, Mulliner tiene la piedra, podemos esperar sin dificultad a mañana —dijo. De pronto pasó sus brazos en torno a la cintura del joven y apoyó la cabeza en su pecho—. Querido, fui tan feliz…

Baxter pensó en el grito que había oído. Bennet, arriba, torturado salvajemente, mientras ella le tenía en sus brazos.

—Esos momentos de felicidad se pueden repetir —susurró.

Margaret alzó el rostro y le mordisqueó en los labios.

—Ahora tengo que salir urgentemente —manifestó—. ¿Por qué no te pones cómodo y me esperas? Total, será cuestión de una hora… Luego podemos cenar sin prisas, como la otra noche…

Baxter sonrió.

—El plan es irresistible —aseguró.

—De acuerdo, querido, no se hable más. Estaré de vuelta dentro de una hora y mañana iremos los dos a ver a Mulliner.

Margaret agarró su bolso, esta vez discreto, de color negro, y corrió a la puerta. Una vez allí, se volvió y agitó la mano.

—No tomes más de una copa, querido —aconsejó.

Bobo Doo, Chwan y Tom Wu aguardaban silenciosamente en el exterior. Al verles, Margaret sonrió.

—Ki Fo se encargará de que sea su última copa —rezongó—. Vamos, rápido, no tenemos tiempo que perder.

Ninguno de los esbirros pronunció una sola palabra. Segura de sí misma, altiva como una reina, pero tan despiadada como una pantera, *lady* Margaret Shaytan avanzó hacia el ascensor.

CAPÍTULO X

Al quedarse solo, Baxter se sirvió una copa, situado frente al aparador de los licores. Por supuesto que no pensaba permanecer demasiado tiempo en la casa; sólo el suficiente para dejar que Margaret se alejara un poco. También él tenía sus propios planes, entre los cuales no figuraba pasar una nueva noche en el lujosísimo ático.

Sobre el aparador había una gran litografía, que representaba una carrera entre dos barcos veleros de la segunda mitad del siglo pasado. La estampa se hallaba protegida por un vidrio.

El vidrio hizo de espejo y le permitió ver que alguien se le acercaba sigilosamente con un extraño objeto en las manos. Baxter lo reconoció en seguida.

Era un nunchaku, una especie de bastón doble, de unos cincuenta centímetros de largo unidos ambos palos por una delgada pero fuerte correa de cuero. El nunchaku era una de las muchísimas armas que la inventiva oriental había creado siglos antes.

Podía utilizarse de mil maneras, lo mismo como objeto contundente, que para aprisionar algún miembro del enemigo e, incluso, para estrangularle. Baxter comprobó, una vez más, la perfidia de Margaret, al pedirle que la aguardase en su casa.

De súbito, Ki Fo saltó hacia adelante, abiertos los brazos, cada una de las manos sujetando el extremo de un bastón. Las intenciones eran evidentes: pretendía rodearle el cuello con la correa. Luego, bastaría cruzar los brazos con un golpe seco, para que se produjese la estrangulación.

Baxter dejó que los bastones se elevaran sobre su cabeza. Entonces, con movimientos relampagueantes, alzó las manos y apresó las muñecas de Ki Fo. Inmediatamente giró en redondo. Sorprendido, Ki Fo tuvo que girar también.

Un segundo después era despedido por los aires, pero cayó sobre

los pies, tras haberse contorsionado en pleno vuelo, y rebotó como una pelota. Sin embargo, ya había perdido el nunchaku.

—Buen luchador —dijo Ki Fo—. La victoria resultará así doblemente sabrosa.

Retrocedió un par de pasos. Metió la mano en un bolsillo y sacó algo que colocó con enorme velocidad en la mano derecha.

—Vas a probar el sabor de mi shuko —dijo.

—O garra de tigre —sonrió Baxter—. Pero ¿no se quejará *milady* de las manchas de sangre?

—Cuando ella vuelva, todo estará limpio.

—Sí, igual que pasó con Bennet.

Ki Fo pareció sorprenderse al escuchar aquella respuesta. Pero reaccionó de inmediato y avanzó, paso a paso, hacia su adversario. Aquella manopla, con garras de acero, era un arma realmente terrorífica. Baxter sabía que un golpe bien asestado podía rasgarle el cuello con toda facilidad. O destriparle.

Se concentró en sí mismo. Concentró toda su energía. De pronto, emitió el Kiai, el grito que proyectaba su energía vital contra su adversario para rechazarle. No era demasiado fuerte, pero sí tenía una rara potencia que hizo tambalear a Ki Fo e, incluso, turbó su visión. Baxter, sin embargo, no había practicado lo suficiente para concentrarse de modo que el Kiai, la expresión del Ki o energía vital, fuese capaz de derribar a su contrincante, tal como sabía existían maestros orientales que habían llegado a conseguirlo. Sus resultados, en este caso, fueron más bien modestos, pero logró hacer perder la iniciativa a Ki Fo; los preciosos segundos necesarios para apoderarse del nunchaku caído en el suelo.

Cuando Ki Fo cargó de nuevo, sólo encontró el vacío. Baxter había saltado con los pies juntos sobre una silla, de donde se proyectó al aire en un auténtico salto mortal, que le llevó a situarse a espaldas de su adversario. Ki Fo empezó a volverse, pero la correa del nunchaku estaba ya en su garganta. Baxter cruzó los brazos con un golpe seco, las vértebras crujieron y el sujeto se desplomó, muerto fulminantemente.

* * *

Sentada en una silla, Cynthia miraba fijamente al hombre que tenía frente a sí. En aquellos momentos, Brookson Mulliner estaba

sirviéndose una dosis de escocés.

—Vamos a hablar claro, señorita Van Korn —dijo Mulliner—. Quiero el diamante y estoy dispuesto a pagar hasta un millón de dólares. Si lo prefiere, el pago será en billetes. Pero no saldrá de aquí hasta haber cedido a mis pretensiones.

—¿Quiere eso decir que me va a tener secuestrada por algo que ya está en su poder?

—Querida muchacha, admito que robé la piedra. Bueno, la hice robar. Pero lo que llegó a esta casa no fue sino una falsificación.

Cynthia se quedó parada.

—Una falsificación…

Mulliner tomó un sorbo de su vaso. Luego se acercó a una mesa y levantó la tapa de una caja, en cuyo interior se veía un cubo de cristal.

—Vidrio puro —dijo—. Exactamente igual al que yo ordené fabricar.

—Entonces, admite que pensaba robar la joya.

—Acabo de decirlo. Señorita, su ingenio me llena de admiración. Usted desconfiaba de los visitantes, pero más todavía de las alarmas y de los servicios de protección. Por eso hizo poner en el museo un duplicado de su joya.

¿Cómo puede estar seguro de que ese cubo que tiene ahí, no es mi diamante?

—Por el peso específico. El vidrio, a fin de cuentas, no es más que sílice muy pura. La densidad del silicio es de dos coma cuatro, en tanto que la del diamante es de tres coma cincuenta y dos. Por lo tanto, ese cubo pesa dos mil cuatrocientos gramos, en lugar de los tres mil quinientos veinte que debería pesar, si fuese el diamante.

Mulliner hizo una pausa y volvió a tomar un trago. Agregó:

—Confieso que en los primeros momentos no me fijé. La alegría de poseer la joya nublaba mi capacidad de raciocinio. Pero más tarde, al sostenerla en la mano, me di cuenta de su relativo poco peso. Busqué una balanza… y mis sospechas se confirmaron. ¿Dónde está el diamante?

Cynthia se irguió en su butaca.

—Primero, el diamante fue expuesto y robado. Segundo, aunque lo tuviera en mi poder, cosa absolutamente incierta, no se lo vendería. No quiero venderlo ni por uno, dos ni veinte millones.

¿Está claro?

Mulliner asintió.

—Al menos, es usted sincera… en la segunda parte de su respuesta, pero no en la primera. Quiero el diamante y le pagaré ese millón, y usted venderá, tanto si le gusta como si no. Más tarde, no podrá alegar que la he forzado a esa venta y mucho menos, como es lógico, que ese forzamiento se ha producido por ciertos métodos persuasorios que estoy dispuesto a emplear, si usted insiste en mantener su negativa.

—No tengo el diamante y no pienso venderlo cuando lo recobre.

—Está bien, voy a darle un poco de tiempo para que reflexione. Volveré más tarde.

Mulliner se dirigió hacia la puerta de la estancia a que había sido conducida la muchacha tras su secuestro.

—No intente escapar —advirtió—. Claro que no podrá; la puerta estará cerrada con llave… y, como puede comprobar, hay una reja en la ventana. ¡Buenas noches, señorita Van Korn!

Cynthia se quedó sola, sumamente preocupada por lo crítico de su situación. Nadie sabía que estaba en la residencia campestre del millonario caprichoso y, por supuesto, no podía avisar a Baxter. Pero ¿no habría algún medio de escapar de allí, antes de que Mulliner, por medio de alguno de sus secuaces, empezase a aplicarle sus métodos persuasorios?

De repente, su mirada se fijó en algo que le pareció extraño en una casa de la época actual. Pero luego, al pensar en la posibilidad de una avería eléctrica, pensó que la existencia del quinqué de petróleo, sujeto a una de las paredes, era algo enteramente lógico en una mansión aislada en el campo.

Antes de que pudiera tomar una determinación, se abrió la puerta. Un hombre entró, cruzó la estancia y se llevó el cubo de cristal, sin pronunciar palabra. Cynthia observó que había otro ante la entrada, sin duda para prevenir posibles intentonas de fuga.

De nuevo volvió a quedarse sola. Entonces se levantó, agarró el quinqué y lo sacudió. Sí, el depósito estaba lleno de petróleo.

Pensativa, mordiéndose el labio inferior, pensó en el mejor medio de provocar un incendio, con el menor riesgo posible.

En su bolso, del que no había sido despojada, tenía una tira de fósforos. Quitó el tubo de cristal y desenroscó la tapa del depósito.

Luego buscó una vasija que servía para mezclar los licores y vertió en ella el combustible. Aquella jarra le permitiría verter el petróleo, precisamente en los lugares deseados.

Terminada la operación, volvió a la puerta. Acuclillada, inclinó la jarra y procuró que la mayor parte del petróleo pasara por debajo de la puerta. No obstante, dejó un poco, que vertió desde un punto situado a medio metro por encima de la cerradura.

Luego volvió a la ventana y la abrió. No sólo ella necesitaría oxígeno, sin duda.

Cruzó la estancia de nuevo. Arrancó un fósforo y ya se disponía a encenderlo cuando, de pronto, oyó gritos en la planta baja.

Alguien lanzó un alarido desgarrador. Cynthia sintió que se le ponían los pelos de punta. El instinto le dijo que no debía revelar su posición encendiendo el petróleo.

* * *

Baxter llegó a las inmediaciones de la casa y vio a un hombre que se paseaba por la fachada delantera. Con absoluto sigilo, esperó irnos momentos, hasta que pudo cruzar la explanada sin ser visto.

El vigilante no había advertido su presencia. Baxter no podía ver detalles de sus facciones, ni tampoco le interesaba en aquel momento. En completo silencio retrocedió unos pasos. De pronto se encontró frente a una ventana iluminada.

Las cortinas estaban descorridas, en parte. Baxter atisbo a través del cristal. Sin demasiado asombro, vio a Margaret frente Mulliner, quien tenía las manos en alto.

Detrás de Margaret había dos hombres. Otros dos yacían en el suelo, en medio de grandes charcos de sangre. Habían sido apuñalados, no cabía la menor duda.

—Bien —decía Margaret, en aquel momento—, quiero la piedra, señor Mulliner. De usted depende entregarla sin daño físico… o después de haber sufrido en la tierra las torturas del infierno.

—Es falsa —protestó Mulliner.

Margaret lanzó una carcajada. «Si las serpientes ríen, deben reír como ella», pensó Baxter.

De repente, divisó una mesa situada junto a la ventana. Era un rincón íntimo, para charlar dos personas, en sendos butacones y frente a una botella y dos copas. Sobre la mesa había una caja.

Baxter adivinó de inmediato su contenido. Dejó que Margaret siguiese su conversación con Mulliner y empezó a levantar el bastidor de la ventana, centímetro a centímetro.

Margaret hizo un gesto.

—Bobo, retuércele un brazo —ordenó.

El gigante avanzó hacia Mulliner quien, a su vez, retrocedió unos cuantos pasos. Bobo Doo emitió una risa siniestra.

El rostro de Mulliner estaba cubierto de sudor. De repente, quiso golpear a Bobo en la cara, pero el sujeto se apoderó de su muñeca y le retorció el brazo hacia atrás. Con el mismo movimiento, hizo girar a Mulliner y le tapó la boca con la otra mano.

—Cuando esté dispuesto a hablar, golpee la pared con una mano —dijo.

Los dedos de Baxter rozaban ya la caja. Oyó el crujido de los huesos del brazo de Mulliner y agarró su presa.

Para Cynthia, en el primer piso, había vuelto ya el silencio. No sabía lo que había sucedido, pero quería escapar. Encendió el fósforo y lo arrimó a la madera mojada en petróleo.

El combustible se inflamó en el acto, con gran llamarada. Cynthia retrocedió hasta la reja.

—Allí… tienen la piedra… —jadeaba Mulliner, en aquel preciso instante—. Está junto a la ventana…

Baxter, agachado, retrocedía ya hacia la parte posterior del edificio. Margaret volvió la vista en dirección al lugar señalado.

—Allí no hay nada —dijo—. Bobo, sigue.

—Le juro que está allí…

Súbitamente, Chwan notó un olor extraño en el ambiente.

—Parece que se quema algo —observó.

En el mismo instante, se oyó un agudo grito, en el piso superior:

—¡Fuego, fuego! ¡Socorro!

Baxter se detuvo junto a la esquina, lleno de perplejidad. ¿Qué diablos hacía Cynthia en aquella casa?

Alzó la vista. Un resplandor rojizo brotaba a través de una de las ventanas. La luz de las llamas le permitió ver los hierros de la reja.

La caja con el cubo de cristal quedó en el suelo, tras un macizo de flores. Antes que la joya, estaba la vida de Cynthia.

Margaret se alarmó también. El incendio llamaría la atención de la gente. Aunque la casa estaba aislada, había otras residencias no

demasiado lejanas. Alguien vería el fuego y avisaría a los bomberos.

Hervía de rabia. Una orden brotó de sus labios:

—¡Mátale, Bobo!

Mulliner lanzó un alarido desgarrador. Algo traspasó su espalda, un poco por encima de la cintura. Sintió un agudísimo pinchazo en el corazón y empezó a perder el conocimiento.

—Vámonos —dijo Margaret, terriblemente frustrada por el fracaso de su plan.

Baxter llegaba ya a la parte delantera cuando oyó que salía gente de la casa. Asomó un poco la cabeza y vio a Margaret que corría, rodeada de sus esbirros.

Arriba continuaban sonando los gritos de Cynthia. Baxter esperó unos segundos y luego corrió hacia la entrada. El espectáculo que se ofreció a su vista era aterrador.

—Esa mujer… es un demonio —dijo, mientras corría escaleras arriba.

De pronto, vio las llamas. El incendio era menor que lo supuesto en un principio.

—¡Cynthia! —llamó.

La respuesta fue un sollozo de alegría.

—¡Budd!

—Sí. ¡Apártese de la puerta, rápido!

Baxter tomó impulso. Saltó hacia adelante y cargó con el hombro izquierdo. La cerradura, debilitada, saltó en el acto.

Cynthia vio que el joven rodaba por los suelos, después de haber atravesado la barrera de llamas. Pero Baxter se incorporó en el acto, con la agilidad de un felino.

—Cynthia, tendrá que saltar —dijo.

Ella asintió.

—Mulliner quería…

—Mulliner está muerto, pero ya hablaremos más tarde. ¡Vamos, haga un esfuerzo!

Instantes después, se hallaban al otro lado. Baxter agarró la mano de la muchacha.

—He recuperado el diamante —anunció, satisfecho.

—¿Era el que tenía Mulliner?

—Sí…

—Lo siento. También es falso.

CAPÍTULO XI

Profundamente pensativo, Baxter se paseaba por el salón de su casa, mientras Cynthia, ya recuperada, le contemplaba con expectación, Tim les había servido café, después de lo cual se había retirado a su dormitorio.

—Mulliner se llevó un diamante falso, tras haber colocado el que había ordenado fabricar —dijo Baxter, al cabo de un buen rato —. Pero Margaret se llevó el de Mulliner y, asimismo, dejó el suyo. Cynthia, ¿sabe lo que eso significa?

—Yo diría que fueron tres las imitaciones que se fabricaron; cada una por una persona distinta.

—Exacto, aunque no se me alcanza quién pueda ser esa tercera persona. Una cosa hay segura y es que quizá he cometido un error al fijarme exclusivamente en Mulliner y en *lady* Serpiente…

—¿*Lady* Serpiente? —repitió ella, asombrada.

—Bueno, es que de repente me he acordado del traje que llevaba puesto el día de la exhibición…

—Sí, en efecto, parecía una serpiente. ¿Le ofreció una manzana?

—¿No le dije algo hace poco acerca de la discreción?

—El día que se case y quiera engañar a su mujer, ésta jamás se enterará de sus traiciones.

—Primero, no tengo intenciones de casarme, por ahora. Segundo, el día que eso suceda, no habrá esposo más fiel que yo.

—Y apasionado.

—Cynthia, dejemos los problemas personales, por ahora. Sigamos con el tema que interesa realmente.

—Mulliner robó una falsificación y Margaret otra, todo en el mismo día y con un intervalo de tiempo relativamente corto. Pero ¿quién puso en el pedestal la falsificación?

—Usted misma.

—¿Yo? —Se sorprendió la joven.

Baxter consultó su reloj.

—¿Tiene prisa?

—Ninguna, en absoluto.

Baxter se acercó a la pared y tocó una tecla. Instantes después, el cuarto de comunicaciones quedaba a la vista.

Presionó la tecla de contacto y se volvió hacia su propio sillón.

Cynthia apareció en la pantalla, portadora del diamante. Los fotógrafos hacían relampaguear sus cámaras. La joven entró en el círculo de cordones, uno de los cuales había sido apartado momentáneamente para permitirle el paso y, con gran prosopopeya, colocó el diamante en la posición en que había sido admirado por todo el mundo.

—Me siento ridícula —declaró ella—. ¡Cuánto teatro!

—El momento lo requería —sonrió Baxter.

La escena cambió instantes después. Mulliner apareció en la pantalla.

—Fíjese bien, ahora —indicó él.

Cynthia concentró su atención en la pantalla. Al cabo de unos minutos, Baxter detuvo la proyección e hizo retroceder la cinta al punto de partida. Cuando Mulliner se hizo visible por segunda vez, volvió a hablar:

—Ahora está solo, salvo los guardias y la rubia, que se aleja hacia el fondo. Vea el cigarrillo que enciende… y mire bien a los guardias después de que él se aleja. ¿Qué ve en ellos?

—Están rígidos como postes.

—Exacto. El cigarrillo de Mulliner debía de contener una potentísima droga paralizadora, de muy cortos efectos, sin embargo. Los guardias recobrarían la facultad de moverse, antes de dos minutos. Pero fue suficiente para que Vrane hiciera el cambio desde abajo.

—No se ha insto en la pantalla, Budd —observó ella.

—Porque Bennet paró las cámaras durante esos dos períodos de tiempo que en total no sumaron más de minuto y medio.

—Sin embargo, Bennet fue muerto por los sicarios de Margaret.

—Bennet fue un aprovechado que quiso jugar a dos paños, lo que significa que cobró de las dos partes. Y digo cobrar en el sentido monetario, porque después una de esas partes le pagó con la muerte.

—Bien, admitamos que Mulliner se llevase la piedra…

—La falsificación que usted misma había colocado, no lo olvide. Vrane, abajo, tenía ya la piedra que le había entregado Mulliner. Hizo el cambio y entregó a alguno de los hombres de Mulliner el cubo de vidrio que él creía diamante auténtico.

—Entonces, Mulliner le mató después, para que no hablase.

—Es posible, aunque la muerte de Vrane no interesa demasiado, por ahora. Sigamos con la proyección. Ahora vamos a ver cómo *lady* Serpiente se llevó la piedra.

—No acabo de entender cómo se llevó la joya —dijo Cynthia, segundos más tarde.

—Es un plan muy astuto que, naturalmente, necesitaba la colaboración de un cómplice, en este caso Harry Bennet. Bien, Bennet, desde arriba, había desconectado las alarmas. Por medio de un largo cable, muy fino, hizo descender la copia del diamante, sujeto a unas pinzas de simple presión, como las que se usan en los muelles y en los lugares donde se realiza la carga y descarga de mercancías. Ya sabe, esas pinzas en forma de tijeras…

—Lo sé, pero el cristal era muy liso y podía resbalar.

—Posiblemente las pinzas estaban construidas para la ocasión, más anchas que de ordinario y forradas interiormente de alguna sustancia antideslizante, goma con relieves en pico, por ejemplo.

—Muy bien, Budd, pero el deslumbramiento de la pantalla no dura más de veinte segundos… Además, desde siete u ocho metros de altura, se necesita mucha puntería para dejar la imitación al lado de la que se suponía piedra auténtica y que ya era la dejada por Mulliner. Era preciso apresar la piedra, subirla, bajar las pinzas, asir la otra y dejarla en su posición…

—Cynthia, cuando se produjo el jaleo, los guardias miraban hacia el corredor donde estaba el collar de zafiros. Detrás de ellos, se ha visto antes, ya había pasado uno de los secuaces de Margaret. Éste fue quien, seguro de no provocar la alarma, pasó por encima de los cordones, soltó la piedra que bajaba, puso la otra en las pinzas y, finalmente, situó la de Margaret en el lugar que le correspondía. Por supuesto, Bennet tiró del cable con toda rapidez y el ayudante de Margaret se retiró instantáneamente. Ésa es una operación que duró quizá menos que la otra; posiblemente, con quince segundos tuvieron suficiente.

—Me siento pasmada —declaró la muchacha—. Y hasta admirada, si no fuese porque todo eso se hizo en mi perjuicio. Pero entonces, dígame, ¿quién preparó la primera imitación?

—Voy a hacer más café —sonrió Baxter—. Continuaremos después, Cynthia.

* * *

—Empiezo a desvelarme —dijo ella, después de tomar su café.

—Y yo me caigo de sueño. Cynthia, cuénteme con todo detalle cómo llevó la piedra al museo.

La muchacha se concentró unos instantes.

—Creeley vino a recogerme al Waldorf, en su propio coche… Es el automóvil del museo, ¿sabe? Uno de los empleados desempeña también el papel de chófer, cuando se necesita llevar a alguna persona de relieve…

—Me lo imagino. Siga, por favor.

—Bueno, entramos en el Banco, hicimos los trámites normales, yo abrí la caja de alquiler, saqué la que contenía el diamante y nos volvimos al coche.

—¿Y después?

—Fuimos al museo, eso es todo.

—Cynthia, por favor, diga lo que hicieron después de salir del Banco.

—Me senté en el coche, en el mismo sitio, a la derecha de Creeley.

—¿Dónde tenía la caja con el diamante? ¿Sobre las rodillas?

—Durante un rato, sí. Luego la puse sobre el asiento… Es un coche muy grande…

—Y los asientos espaciosos. ¿Llovía?

—Amenazaba lluvia. Incluso creo recordar que caían algunas gotas…

De pronto, Cynthia se volvió hacia el joven. Añadió:

—Oiga, no irá a sospechar de Creeley. Ya le dije que confío absolutamente en él. Además, aunque hubiera querido hacerlo, le habría resultado absolutamente imposible. Todo el rato tuve la caja con el diamante al alcance de la mano. Él no fue, insisto.

Baxter contuvo un bostezo.

—Tengo sueño —dijo.

Y se puso en pie, mientras ella le miraba con gran extrañeza.

—¿Cómo puede decir eso, después de lo que ha pasado? —preguntó, un tanto irritada.

—Hay un proverbio oriental que dice: «Como lo pasado, pasado está, aunque puede volver a pasar, lo mejor es irse a la cama» —contestó Baxter, maliciosamente.

Cynthia se puso en pie y se acercó al joven.

—Budd, no tengo sueño —murmuró.

—Yo sí, aunque no me importaría en absoluto desvelarme. Pero es que, muchas veces, el sueño me reporta soluciones a enigmas que parecen insolubles. Vamos, lo que se dice consultar con la almohada.

Cynthia, despechada, dijo:

—Tal vez si yo fuese *lady* Serpiente, no tendría inconveniente en desvelarse.

—*Lady* Serpiente —murmuró Baxter—. Me pregunto qué hará en estos momentos.

—¿Le interesa mucho?

Baxter miró a la joven unos instantes. Luego dijo:

—Buenas noches, Cynthia. Trate de descansar bien. No quisiera pecar de optimista, pero es muy probable que mañana le pase la factura por mis servicios. El diamante en la mano izquierda, y la derecha tendida para recoger el cheque.

* * *

Margaret Shaytan hervía de furia. No sólo había fracasado, sino que tenía la sensación de que Baxter se había burlado de ella.

Sus secuaces la habían informado que Baxter había sido visto con Cynthia en más de una ocasión. ¿Acaso había decidido aliarse con la dueña del diamante para recuperarlo?

—Era tonto —murmuró, mientras abría la puerta de su departamento—. Hubiera sido capaz de compartirlo con él…

Taconeando vivamente, cruzó el departamento y se dirigió a su dormitorio a fin de cambiarse de ropa. Estaba muy nerviosa; antes de dormir, se daría un baño relajante.

Después…

La joya se había perdido. ¿Debía dar la partida por abandonada?

Abrió el armario para sacar la bata de baño. Algo cayó, de

súbito, encima de ella y la derribó al suelo.

Margaret chilló agudamente. Como pudo, se deshizo del cuerpo que la oprimía con su peso, y se levantó, justo en el momento en que, alarmados por el grito, acudían los esbirros.

—Señora… —dijo Bobo. De pronto, vio el cuerpo tendido en el suelo y lanzó una exclamación—. ¡Es Ki Fo!

Chwan se arrodilló junto al caído.

—Fractura de vértebras —diagnosticó en el acto—. Hay señales de una correa…

Tom Wu vio algo en el armario y lo sacó fuera.

—El señor Baxter sabe usar también el nunchaku —dijo fríamente…

Margaret empezó a pensar velozmente.

—Así, pues, está vivo… ¡Entonces, ha sido él quien se ha llevado la joya! ¡Mulliner tenía razón, al decir que estaba sobre una mesa!

—También dijo que era falsa, señora —le recordó Bobo.

—¿Qué otra cosa podía decir? Lo que sucede es que Baxter lo adivinó, también, y tuvo más suerte al aprovecharse de que estábamos distraídos. Simplemente, alzó el bastidor de la ventana y se llevó la piedra.

Sobrevino un momento de silencio.

Luego Margaret avanzó unos pasos, alargó la mano y sacó del armario una bata de baño.

—Lo siento, pero ya no podemos hacer nada por el pobre Ki Fo —dijo con indiferencia.

—Haremos desaparecer su cadáver, señora —aseguró Bobo.

—Con un poco más de cuidado que el de Bennet —recomendó ella, mientras abría la puerta que daba al cuarto de baño.

Mientras el agua templada tonificaba sus nervios, Margaret meditó profundamente. No se había perdido nada todavía.

Baxter tenía la piedra en su poder. Hombre astuto…

—Pero menos que yo —susurró, complacida.

El efecto sedante del baño se dejó notar en su espíritu. Durmió tranquilamente toda la noche. Por la mañana, apenas despertó fue al teléfono y marcó un número.

—Deseo hablar con el señor Baxter —dijo.

Una voz mecánica contestó:

—Si es usted *lady* Margaret Shaytan, cuelgue, espere veinte

segundos y vuelva a marcar. Hay una respuesta especial para usted.

«Querida, tengo el diamante cúbico, pero te costará algo de dinero. No olvides que, a fin de cuentas, necesito vivir. La dueña me ofreció cien mil por su recuperación. ¿Puedes ofrecerme doscientos mil? Creo que la fortuna de *sir* Alexander Shaytan podrá soportar, sin demasiado quebranto, este pellizco. Para conocer tu respuesta, iré a tu casa a las seis en punto de la tarde. ¡Ah!, la entrevista debe tener lugar a solas. No quiero a tus chinitos merodeando por las inmediaciones. Hasta la tarde, hermosa».

Margaret dejó el teléfono, perpleja desde el primer momento. Luego empezó a pensar que, bien mirado, doscientos mil dólares eran una fruslería comparados con el diamante cúbico.

Capítulo XII

El profesor Creeley salió del museo y se dirigió al coche estacionado frente a la fachada. Su chófer se apresuró a abrir la portezuela trasera.

—Déjelo por hoy, Jenkinson. Conduciré yo.

—Muy bien, profesor.

El chófer se marchó. Creeley dio la vuelta para abrir la portezuela correspondiente al conductor. De repente, vio a Cynthia.

—¡Muchacha! —exclamó, asombrado.

—¡Hola, profesor! —saludó Baxter.

Creeley tenía la gabardina sobre el brazo izquierdo y la separó un poco, para consultar su reloj.

—Ando corto de tiempo. He de ir al aeropuerto, para un viaje inaplazable…

—¿A Suiza, tal vez?

Creeley se puso rígido.

—No entiendo, señor Baxter.

—Cynthia, entre en el coche y baje el brazo del asiento posterior —dijo el joven.

Ella obedeció. Instantes después, lanzaba una fuerte exclamación:

—¡Budd! ¡La caja con el diamante está aquí!

—Compruebe si la piedra es la auténtica. Use la lupa, por favor.

Cynthia abrió el bolso. Levantó la tapa de la caja que contenía el diamante y examinó con todo cuidado uno de sus vértices.

—¡Sí, es la joya auténtica!

Baxter fijó la vista en Creeley, cuyo rostro aparecía cubierto por una espantosa palidez.

—De modo que al fin decidió traicionar a la hija de su mejor amigo. ¿Tal vez encontró un buen comprador en Zurich? ¿O quizá piensa viajar a Amsterdam, dónde hará despedazar el diamante

para convertirlo en otros mucho mejores, pero que, de todas formas, pueden proporcionarle muchos millones…? Bueno, eso importa poco ahora. Lo que sí es importante es que no se va a salir con la suya.

»Y fue un bonito plan el suyo —continuó Baxter—. Usted salió del Banco acompañando a Cynthia. Pero entonces no llevaba el impermeable al brazo, como ahora, sino que lo había dejado en el lado izquierdo del asiento, tapando la caja que contenía la imitación número uno. Porque la suya era la primera imitación que se hizo del diamante, ¿sabe?

»Bien, al sentarse, dejando el impermeable un poco a su izquierda, sólo fue necesario esperar el momento adecuado para realizar el cambio. Cynthia se cansó de tener la caja sobre las rodillas y la dejó sobre el asiento. En algún momento, el coche se paró en un semáforo. Usted distrajo la atención de Cynthia con algún comentario casual… ¡Pasan tantos tipos raros por la calle!… Cynthia volvió la cabeza y el cambio se hizo, rápido, con una acción relampagueante, diría yo.

Creeley hizo un esfuerzo por recobrarse.

—Está bien, he perdido, lo admito. Pero no podrán hacerme gran cosa; a fin de cuentas, ella ha recobrado el diamante.

—Se equivoca, profesor. Usted deberá responder por la muerte de Vrane.

Esta vez Creeley se puso lívido.

—Vrane, por supuesto, no sabía nada; a él le había contratado otra persona. Pero cuando hizo el cambio, notó algo raro. La imitación que bajaba de la sala pesaba menos que lo que debería pesar el diamante auténtico. En cierto modo, Vrane tenía alguna experiencia y se dio cuenta de que desde el principio se había exhibido ruta falsificación. Pero también era codicioso y quiso ganar más dinero, no sólo del que le había contratado para hacer el cambio en la misma sala de exposiciones, sino del autor del primer cambio, esto es, usted. Con toda seguridad —prosiguió Baxter— le exigió una suma muy elevada por su silencio.

»Usted fingió acceder, pero fue a su casa con un revólver. La casa estaba en orden, porque Vrane no podía sospechar que el profesor Creeley le iba a pagar con un tiro entre ceja y ceja. Y si nadie oyó el disparo es porque el revólver tenía silenciador. ¿Me

equivoco, profesor?

Hubo un instante de silencio. De súbito, Creeley metió la mano en el interior de la chaqueta.

Unos dedos de hierro atenazaron su muñeca y alzaron el revólver. Creeley forcejeó, a la vez que profería horrendas imprecaciones. Pero le era imposible librarse de la presa que inmovilizaba su brazo.

No lejos de allí paseaba un policía uniformado.

—Cynthia —ordenó Baxter—, llama a ese agente, rápido.

* * *

Con la caja bajo el brazo, Baxter contempló risueño a la hermosa mujer que tenía frente a sí.

—Te has vestido de la misma forma que el día en que te vi por primera vez —dijo.

—Sabía que te gustaría —contestó Margaret, apoderándose del brazo libre de su visitante—. Has conseguido el diamante, creo.

—Lo tengo aquí. ¿Qué hay del cheque?

—Está listo. Por favor, déjame ver la joya…

—Aguarda irnos minutos. No seas impaciente. ¿Por qué no sirves antes unas copas?

—Está bien. Voy a tratar de dominar mi impaciencia.

Margaret se acercó al aparador de los licores.

—Budd, ¿no te apena traicionar a tu cliente?

—Tú pagas más. En realidad, el trato fue cobrar, si encontraba la joya. Como no la he encontrado, no pierde nada.

—Un razonamiento muy atinado… —convino ella—. Budd, tienes que perdonarme.

—¿Por qué?

Margaret se le acercó insinuante, con las copas en las manos.

—Ayer me sentía muy furiosa… Dejé a Ki Fo para que te matase…

—¡Bah, olvídalo! Un arranque de genio lo tiene cualquiera. Carece de importancia.

—¿Lo crees así?

—Podemos hacer como los esposos que se enfadan y luego se reconcilian, ¿no te parece?

—Sí, sería una forma muy agradable de reconciliarse. ¿Por qué

no empiezas ya?

Baxter dejó la copa a un lado y abrazó a la mujer.

—Este vestido parece una piel de serpiente —murmuró.

—La serpiente puede perder su piel —contestó ella.

—¿Ya no tienes blindado tu corazón?

—Tu artillería rompió el blindaje, querido.

Baxter se separó de ella.

—Confieso que fuiste muy inteligente al idear ese truco para cegar las cámaras de televisión —dijo—. ¿Lo ensayaste previamente?

—Claro. Aquí, en este mismo salón, hicimos una réplica de la glorieta donde se iba a exhibir el diamante. Nos entrenamos hasta tener la seguridad de que no podíamos fallar.

—¿Incluido Bennet?

—Sí. Era parte esencial en el plan.

—¿Te costó mucho su cooperación?

—Cinco mil… Pero ¿qué interés tiene eso para ti, Budd? —se extrañó ella.

—Mujer, no es por nada, pero sentía curiosidad. Por cierto, aún no sé quién provocó la caída del collar de zafiros.

—¡Oh!, lo hizo uno de mis… empleados, Tom Wu. Insertó una cartulina alargada por el hueco que había entre el cristal y el armazón, y soltó el collar de los enganches que lo sostenían. Bobo Doo estaba ya preparado y, apenas se produjo el jaleo, se ejecutó la operación. Resultó perfecta, sin un solo fallo.

—Perdona, hubo un fallo.

—¡Oh, sí, es cierto! —Rió ella—. Nos llevamos una imitación. Pero ¿quién iba a suponerlo en aquellos momentos?

—Y por eso mataste a Bennet.

Margaret dejó de sonreír.

—¿Adónde quieres ir a parar, Budd?

—Bennet fue también un tipo que jugaba a dos paños. Se dejó sobornar por Mulliner y por ti. Pero tú creías que te había engañado deliberadamente, ¿no es cierto?

—Esto ha sido una comedia de engaños desde el principio al fin, Budd. Bien, me pediste una suma y decidí pagártela. Ahí tienes el cheque; tómalo y sal de esta casa.

Baxter hizo un gesto negativo.

—No tan pronto —dijo.

De repente, se arrojó sobre Margaret. Ella, sorprendida, tardó un poco en reaccionar. Cuando se dio cuenta, estaba atada al primer barrote vertical de la artística barandilla de hierro que protegía la escalera que llevaba al piso superior.

Margaret quedó en pie, con las manos a la espalda, sujetas por un delgado cordón. Baxter la miró fijamente. Los ojos de la bella mujer despedían llamaradas de furia.

—Te odio, Budd, te odio… No descansaré hasta vengarme…

De súbito, Baxter presintió la vecindad de otra persona en la sala y giró en redondo. Bobo se elevaba en aquel instante en el aire, con el pie derecho adelantado, con la intención de asestarle una patada frontal, el mortífero Ap Chagui del Tae Kwon Do.

* * *

Tal vez fue el jadeo del gigantesco Bobo Doo o su propia ira, que le había hecho acercarse sin el silencio debido. En otro caso, la puntera del zapato habría golpeado la nuca de Baxter y todo habría terminado.

Baxter se dejó caer de espaldas, justo cuando el pie de Bobo rozaba su entrecejo. Inmediatamente, rodó sobre sí mismo y se levantó como si sus músculos fuesen muelles de bien templado acero. Bobo cayó y quedó con la rodilla izquierda apoyada en el suelo. «Tal vez —pensó Baxter en una fracción de segundo— no está muy entrenado en esta clase de ejercicios».

Pero no era hora de reflexiones, sino de actuar para salvar la propia vida, porque Bobo no iba a darle cuartel. Antes de que el enorme sujeto empezase a levantarse, Baxter se situó a sus espaldas y le aplicó un doble Atemi, usando simultáneamente los filos de ambas manos aplicados a las sienes de su adversario.

El crujido de los huesos aterró a Margaret. Bobo estaba frente a ella y pudo ver el horrible volteo de los ojos en las órbitas. La boca del esbirro se torció en una grotesca mueca. Luego, como un pelele inanimado, se venció hacia adelante y quedó quieto en el suelo.

—¡Budd! —gritó ella—. Te juro que no le llamé… Bobo estaba enamorado de mí… Posiblemente actuó por celos…

Baxter inspiró con fuerza.

—Es una excusa razonable, pero ello no servirá para librarte de

tus ligaduras, *lady* Serpiente.

—¿Cómo? —Se asombró ella, a pesar de la crítica situación en que se encontraba.

—*Lady* Serpiente… No sólo por ese vestido tan atractivo, sino por ti misma e incluso por tu apellido, Shaytan. Es muy parecido a la palabra árabe *shaitan*, el nombre del demonio en esa lengua. Pero la primera representación del demonio en la Biblia es una serpiente en el paraíso. ¿Lo recuerdas?

Margaret apretó los labios.

—Un día te buscaré…

—La policía llegará antes.

—Encontrarán a Bobo muerto.

—En estos momentos me hallo al lado de Cynthia van Korn. He contratado a un doble de toda confianza.

Margaret pareció desanimarse al oír aquellas palabras.

—No olvidas detalle —dijo.

—Pensé que podía suceder algo —contestó él.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Margaret lanzó un grito:

¡Te dejas el diamante, idiota!

Baxter se dio una palmada en la frente.

—¡Es verdad, soy un distraído! —exclamó.

Giró de nuevo sobre sus talones y se acercó a la mesa donde estaba la caja que contenía la joya. Tras buscar con la vista unos instantes, encontró el macillo de un gongo cercano. Luego alzó la tapa y puso el cubo brillante sobre la mesa.

Ella adivinó sus intenciones.

—¡No lo rompas, estúpido!

Era ya tarde. El diamante se fragmentó en infinidad de trozos. Entonces, llena de estupefacción, Margaret vio que Baxter se metía en la boca un fragmento de lo que parecía cristal.

—Ehstáh… rihquíshimoh… —dijo Baxter, con la boca llena.

Margaret creía desvariar. Baxter se acercó a ella y le ofreció un pedacito de aquella sustancia tan transparente como el cristal.

—Tengo un amigo confitero que hace verdaderas maravillas —dijo, con la mejilla izquierda completamente hinchada—. Toma este pedacito; es un caramelo.

Ella aceptó el obsequio. Chupó un poco y sonrió.

—Pues sí, está riquísimo. De modo que me trajiste una falsificación, Budd.

—En efecto.

—Oye…, el cheque ha sido extendido contra una cuenta sin fondos.

Baxter se echó a reír, ya con la mano en el pomo de la puerta.

—Somos un par de tramposos, *lady* Serpiente —se despidió.

* * *

Aquella noche, Baxter llamó a la puerta de la *suite* de Cynthia.

—Entre —dijo la joven, segundos después.

Baxter pasó. La estancia se hallaba sumida en una discreta penumbra. Cynthia estaba al fondo, ante la puerta entreabierta de su dormitorio, en donde había una luz encendida. El leve resplandor era suficiente para permitir la visión de una silueta escultural, cubierta por una especie de túnica muy larga y de tejido tan fino como una tela de araña.

—¿Vienes a cobrar?

—Sí.

—¿No tienes nada que consultar con la almohada?

Baxter avanzó lentamente hacia la joven.

—El caso está resuelto y tienes de nuevo el diamante. Esta noche no quiero pensar en nada que no seas tú —murmuró.

—Eso te permitirá una absoluta concentración, creo —sonrió ella.

—Así lo espero.

Baxter puso las manos en la cintura de la joven. Cynthia se estremeció ligeramente.

—Eres tibetana por parte de tu madre… —dijo él.

—Sí.

Los brazos de Cynthia rodearon el cuello de Baxter. Añadió:

—A mi lado lo olvidarás todo…

Por la mañana, Cynthia se estiró en la cama con voluptuosos gestos. Medio dormida todavía, tardó unos momentos en darse cuenta de que estaba sola. Entonces, lánguidamente, llamó:

—Budd…

Pero no recibió ninguna respuesta. Al incorporarse un poco, vio un sobre en el trozo de almohada que había quedado libre.

Abrió el sobre. Numerosos trozos de papel revolotearon al instante por el aire. Atónita, reconoció su cheque convertido en menudos fragmentos.

Dentro del sobre, sin embargo, había un mensaje:

«Tu amor ha sido mi mejor recompensa».

Cynthia permaneció unos segundos inmóvil, con los ojos muy brillantes y los labios prietos. De pronto, saltó de la cama.

—Estás muy equivocado si crees que voy a dejarte escapar, George Washington Baxter —exclamó.

Una hora después, entraba en tromba en casa de Baxter.

—Señorita —dijo un asombrado Tim Koye.

—¿Dónde está Budd? —preguntó ella con gran vehemencia.

—El señor ha partido para Hawái. Ha tenido noticias de un interesante caso de asesinato. El Rey de la Piña Enlatada ha muerto…

—Tim, llama a una agencia de viajes. Pide un billete para el primer avión que salga con rumbo a Honolulú. Conoces mi nombre, ¿verdad?

—Sí, señorita…

Cynthia aguardó unos momentos hasta que el criado hubo formulado la petición. Luego se dirigió hacia la salida.

—Si el señor Baxter cree que puede abandonarme impunemente, está muy equivocado —dijo.

Cynthia cerró de un portazo.

Segundos después, se descorrió la puerta del cuarto de comunicaciones. Baxter asomó la cabeza.

—¿Se ha marchado ya, Tim?

—El señor puede respirar tranquilo —contestó Koye, maliciosamente.

Baxter se echó a reír.

—Es guapísima…, pero no siento deseos de encadenarme todavía —dijo.

—Las cadenas del amor pueden pesar, a veces, más que las de hierro, señor.

—¿Confucio?

—No, Tim Koye.

Baxter meneó la cabeza.

—No estoy hecho para soportar ciertos pesos… por ahora —dijo

con jovial acento. Miró sonriente a su criado—. ¿Tendremos próximo caso, Tim?

—En la maldad de los hombres, señor, hay material más que suficiente para muchos casos interesantes.

Baxter asintió.

Tal vez pronto surgiría un caso que llamase su atención. Sabía de sobra que no podía arreglar el mundo, pese a sus vehementes deseos de justicia y paz, pero vivir con los brazos cruzados, cuando, en alguna ocasión, podía prestar ayuda a alguna persona inocente, atropellada en sus derechos, le parecía imperdonable.

No, no quería vivir una existencia parasitaria. Debía ayudar a quien se lo mereciese. Estaba perfectamente enterado de que sus esfuerzos serían como una gota de agua en el mar de las pasiones humanas; como un leve soplo de viento en una espesa selva…, pero serían obra suya y se sentiría mucho más feliz cuando supiese que alguien había recibido su ayuda y obtenido algún beneficio de la misma.

En aquellos momentos ignoraba cuál sería su próximo caso. Tampoco le preocupaba demasiado. Pero como había dicho Tim, la maldad humana era inagotable. Sin embargo, había personas cuya bondad las hacía acreedoras a su ayuda.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular. También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos

Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.